

“EL BRONX”: Un infierno estructurado

Por: Nathalia Martínez C.

Nicolle Bustacara P.

Tutor: Álvaro Lizarralde

Universidad Santo Tomás

Comunicación Social para la Paz

Trabajo de Grado

Bogotá D.C, 2017

Nicolle Bustacara: *“A mis padres, por ser mi apoyo incondicional en mi fortalecimiento como persona y profesional. Los amo con todo mi corazón”*.

Nathalia Martínez: *“A nuestro dedicado y paciente tutor de trabajo de grado, Alvaro Lizarralde. Él es consciente de esta travesía de un año, del esfuerzo para sacarlo adelante y el sacrificio de sobrellevar nuestra vida cotidiana, personal y laboral, para lograr un buen trabajo en equipo”*.

Agradecimientos

Tenemos una deuda de gratitud con las personas que nos acompañaron, ayudaron y apoyaron en el proceso. Pero, sobre todo, con aquellos que nos brindaron de su tiempo para abrir su corazón con nosotras y revelar, no solo la verdad enmarcada en la historia que nos ayudó a construir este libro, sino la realidad de sus vidas que le dio un sentido más humano a cada capítulo que pretende dar cuenta de la esencia de las estructuras criminales detrás de la cruda situación de corrupción, drogadicción, prostitución y habitantes de calle, al igual que de la lucha interna que ha tenido cada uno de los personajes que presentamos en este libro.

Nathalia Martínez: “Agradezco el apoyo constante de mi familia porque siempre encontraron las palabras adecuadas para subirme el ánimo en momentos de dificultad y para hacerme entender que las grandes cosas en la vida demandan un esfuerzo, pero siempre traen consigo su recompensa”.

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|---|----|
| <u>INTRODUCCIÓN</u> | 5 |
| <u>CAPÍTULO I</u> | 7 |
| EN CARNE PROPIA | |
| <u>El paramilitarismo, estructura criminal que ahora opera en las urbes</u> | 15 |
| <u>CAPÍTULO II</u> | 18 |
| EL PRINCIPIO DEL FIN | |
| <u>Francia, ¿inspiración para el paramilitarismo?</u> | 26 |
| <u>La aterradorizante “Calle del Bronx”</u> | 33 |
| <u>Estructura criminal del Bronx – Bogotá</u> | 40 |
| <u>CAPÍTULO III</u> | 42 |
| Cuerpo Técnico de Investigación CTI | |
| LA CICATRIZ DE LA DEGRADACIÓN | |
| <u>CAPÍTULO IV</u> | 55 |
| LA HORA CERO | |
| <u>CAPÍTULO V</u> | 59 |
| RETRATOS DE LA CALLE | |
| <u>CAPÍTULO VI</u> | 70 |
| JUGUETES POR DROGA Y PROSTITUCIÓN | |
| <u>CAPÍTULO VII</u> | 83 |
| LA REALIDAD POR ENCIMA DE DIOS Y DEL DIABLO | |
| <u>BIBLIOGRAFÍA</u> | 94 |

INTRODUCCIÓN

El presente libro es el resultado de una investigación periodística realizada Nathalia Martínez y Nicolle Bustacara, como Trabajo de Grado para la Universidad Santo Tomás de la Facultad de Comunicación Social para la Paz.

En el año 2016, y en pleno cierre de semestre, cubrimos la toma (28 de mayo) y demolición (16 de agosto) de la conocida Calle del Bronx en Bogotá, para el noticiero universitario en el que trabajábamos con nuestros compañeros del Énfasis en Periodismo. Fue en ese preciso momento cuando se despertó nuestra curiosidad por conocer todo acerca de la olla de drogadicción más grande del país.

Para el año 2017, luego de culminar nuestro currículo académico, decidimos darle rienda suelta a la curiosidad despertada el semestre anterior en el ejercicio periodístico que, para ese entonces, realizábamos en la universidad, dirigidas por la docente Clarisa Chavez. Dicho ejercicio consistía en cubrir diferentes fuentes institucionales de la capital del país para realizar un noticiero al que nosotras junto con nuestros compañeros, decidimos llamarle Bogotá al Aire.

Guiadas por el profesor Álvaro Lizarralde, nuestro tema por investigar sería, entonces, las estructuras criminales en las ollas de Bogotá. Nuestra pregunta inicial fue: ¿A través de qué modalidades del paramilitarismo se ejerce el control de las llamadas “ollas” de delincuencia y drogadicción por parte de estructuras criminales asociadas?

Esta pregunta la planteamos luego de tener como hipótesis inicial que, detrás de la Calle del Bronx, había un grupo ya preestablecido que manejaba a su antojo a los habitantes de calle (para nosotras eran paramilitares que no desaparecieron, como se creía, tras su desmovilización del año 2003 al 2006 en el gobierno de Álvaro Uribe Vélez). Ya que

“estos grupos -paramilitares- están llevando a cabo diferentes acciones, aunque en menor proporción que cuando las AUC estaban activas, como: ejercer presión armada para mantener control territorial, social, político y de las economías ilícitas, principalmente del narcotráfico; realizar extorsiones y boleteo a comerciantes y empresarios; ejecutar amenazas, asesinatos selectivos, desapariciones y desplazamiento forzado de personas; y, en algunos casos, hacer uso de un ambiguo discurso contrainsurgente. (...)El número estimado de personas que conformarían esos grupos oscila entre los tres mil y cinco mil”, según el Informe N°1 de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, titulado “*Disidentes, rearmados y emergentes: ¿bandas criminales o tercera generación paramilitar?*” de agosto de 2007.

Quisimos, de este modo, mostrar la falta de presencia gubernamental, y evidenciar la problemática, para generar conciencia de que su trasfondo va más allá de las simples bandas delincuenciales tradicionales, a través del periodismo preventivo y público que iremos denotando a lo largo del libro, e inspirador en las propuestas del periodismo investigativo.

Nuestro principal objetivo fue evidenciar la estructura criminal que controla los pequeños grupos de delincuencia común en la capital de Colombia. Y en el ejercicio de conseguirlo, nos dimos cuenta de la importancia de reconocer e identificar el modus operandi dentro del Bronx. Consideramos la posibilidad de encontrar y entender cómo los habitantes de calle funcionan como fachada dentro del crimen organizado en Bogotá y nos dimos a la tarea de evidenciar la manera como las entidades gubernamentales operan de la mano de las estructuras criminales, con el fin de mantener el control en el centro de la ciudad, además de mostrar cómo el microtráfico sigue vigente y se consolida, día tras día, como uno de los negocios más lucrativos a nivel nacional e internacional.

La ciudadanía será la principal beneficiada al conocer este tipo de problemática, ya que, de este modo, se podrán tomar medidas con respecto a la seguridad y bienestar que esta población tanto reclama en su diario vivir. Además de lograr comprender por qué, luego de

la demolición del Bronx, se siguen creando y fortaleciendo pequeños nichos de venta y consumo de drogas; y lo que está detrás de ello.

CAPÍTULO I

EN CARNE PROPIA

Habíamos escuchado hablar del Bronx y de sus tan nombrados horrores, pero nunca pensamos estar tan cerca. Había sido noticia no solo en la capital del país, sino en toda Colombia, que a tan solo cinco o seis cuadras de las principales entidades estatales de la nación se ubicaba la olla de drogadicción más grande conocida en la historia.

La mañana era gris. Parecía ser un día normal en Bogotá. Nada presagiaba que fuera a ser diferente. Eran las 9:00 am. 10 de agosto de 2016. Estábamos en la estación de Transmilenio de la Av Jiménez y teníamos muchas cosas en mente, como, por ejemplo, que no teníamos nada para el noticiero de esa semana, que estábamos cerrando semestre, teníamos muchos trabajos, que teníamos clase más tarde y ni siquiera habíamos leído ni escuchado noticias ese día, no solo para llegar “conectadas” a clase, sino porque, ya para ese entonces, era más que un deber estar informadas. El clima ese día no era el mejor. No teníamos mucho dinero y el hambre a esa hora ya nos apremiaba. Éramos un par de chicas universitarias en camino a cubrir lo que sería un punto de quiebre para la ciudad; solo que no sabíamos aún por qué.

Habíamos llegado al centro a buscar noticias (algo que ya era parte de nuestra rutina semanal), pues en nuestro ejercicio académico periodístico realizábamos semanalmente un noticiero con lo más relevante de la capital del país. Ya estábamos a las afueras del

Congreso en la Plaza de Bolívar en busca de información. El teniente Martínez nos hizo saber que, a tan solo unas cuadras, y dentro de pocas horas, se iba a demoler el tan mencionado Bronx.

No dudamos un solo momento en dirigirnos al lugar. Parecía que habíamos encontrado la mina de oro para la noticia matutina. Especulamos cualquier cantidad de hechos mientras llegábamos al sitio. Realmente ninguno de nuestros pensamientos se logró acercar a la realidad.

La zona estaba acordonada. Nunca habíamos visto tanta representación de los entes estatales de la capital. Parecía casi imposible entrar al lugar y para nosotras se convirtió en todo un reto lograrlo.

Estábamos en una de las entradas de 'La L', "un espacio de alto deterioro urbano donde existen construcciones anteriores a los años 50 que han sido adecuadas para que funcionen inquilinatos y hoteluchos que sirven de escenarios para el expendio de drogas. Se puede catalogar como el mayor foco de tráfico de sustancias psicoactivas del Distrito", aseguró el exhabitante de la calle Javier Molina, que ahora trabaja con la Secretaría de Integración Social en la rehabilitación", según un artículo de El Tiempo del 10 de Octubre del 2008, "*La 'L', el nuevo Cartucho de Bogotá, es la zona donde se vende y consume más droga en la ciudad*". Pensamos que debíamos averiguar con quién podíamos hablar para el ingreso. Antes de lanzarnos a preguntar, uno de los periodistas presentes se acercó a nosotras para indagar de dónde éramos. La preocupación de él era que a los medios se les había dado entrada a las seis de la mañana y ya eran cerca de las once. Iba a ser una odisea poder entrar. Solamente éramos nosotras y él.

Nuestro nuevo amigo periodista, quien trabajaba para Testigo Directo y Caracol Internacional, habló con todo el que pudo para conseguir el acceso al lugar. En medio de nuestra inocencia, fuimos el boleto de entrada. Solo bastó una intervención nuestra con el Comandante de la Policía a cargo del operativo, para conseguir el permiso de ingreso.

Manolo, quien era nuestro periodista guía en aquella travesía, empezó a contarnos sobre las aberraciones que él y su equipo de investigación de “Testigo Directo” habían descubierto al hablar no solo con habitantes de calle, sino con las personas a cargo de la seguridad del Bronx. Parecía una historia de terror de esas que es casi imposible creer.

No fue muy difícil entablar conversación con uno de los del Cuerpo Técnico de Investigación CTI. Parecía muy dispuesto a resolver nuestras inquietudes y, mientras dialogamos, decidió invitarnos a un recorrido por una edificación que ellos llamaban la casa de piques. Recibía este nombre porque era allí en donde torturaban y desaparecían a las personas.

No mentimos al decir que ha sido de las sensaciones más extrañas que hemos podido percibir en la vida. Bastó solo con poner un pie en la entrada de aquel lugar para cargarnos de toda la energía negativa. Nos empezamos a sentir enfermas. Aunque esto no impidió que entráramos a conocerla. Nuestra curiosidad parecía más grande de lo que podíamos estar sintiendo.

Apenas dimos el primer paso dentro de la casa, percibimos un aroma de alcohol mezclado con marihuana y pegante. Los olores que estábamos sintiendo no eran nada en comparación con los que los del CTI percibieron el día de la toma del Bronx. Nos dijeron que el olor era tan fétido y tan penetrante en la nariz, que tuvieron que usar máscaras de gas y luego tapabocas porque no lo soportaban.

Cada cuarto era un lugar de tortura. No eran espacios muy grandes. Al caminar por el pasillo del primer piso, a mano izquierda estaba la escalera que llevaba al segundo piso y a mano derecha llegamos al patio. En la pared del fondo había agujeros uno sobre otro formando un círculo a la altura promedio de la cabeza de una persona (que era usada como paredón de fusilamiento). Solo logramos entender qué era después de recibir la explicación de ellos. En el cuarto del lado, había un cuarto muy oscuro. La poca luz que le entraba nos permitió ver el piso roto. La oscuridad predominaba allí.

Las escaleras eran escalofriantes. Habían manchas de sangre en cada escalón. Al llegar al segundo piso, a mano izquierda, encontramos una habitación que tenía una reja como puerta. Habían heces de perro. Era casi imposible caminar sin pisar el excremento. Allí torturaban perros para volverlos salvajes. No les daban de comer. Los golpeaban y los mantenían encerrados. Cuando necesitaban obtener información de alguna persona, una de las tantas formas de suplicio era introducir las manos de las víctimas a través de la reja, para que estas fueran devoradas en segundos por estos animales salvajes y, así, hacían hablar a sus “mártires”. Ese relato nos resultó bastante escalofriante y nos logró erizar por completo. Aún no podíamos creer ni lo que veíamos ni mucho menos lo que escuchábamos.

A mano derecha había un cuarto con el piso ya roto, lo cual nos permitía ver hacia el primer piso: un cuarto oscuro en el que apenas veíamos una zoga gruesa amarrada a un tubo que estaba asegurado a la pared por cada extremo. Uno de los del CTI nos explicaba que allí, cuando descubrían a un “sapo” o “sospechoso”, lo colgaban. A medida que iba perdiendo el conocimiento, lo apuñalaban, lo electrocutaban y lo golpeaban con tablas o cables, para que entendiera que, al que soltaba la lengua, le iba mal. Algunos soportaban el dolor y, luego de un tiempo, ya casi sin aire, los soltaban para que “contaran su historia” y los demás entendieran quiénes eran los que mandaban. Otros encontraban simplemente en la muerte su descanso.

En el tercer piso, a mano derecha, había una tina de baño con baldosas verdes, que era usada para desaparecer los cadáveres diluyéndolos entre ácido y, así, no dejar ningún rastro de la víctima. Se veía el rastro del químico usado. La huella del mismo se podía ver perfectamente en el borde de cada baldosa.

Ya en el último piso, y pese a que no llevábamos mucho tiempo allí dentro, con toda la información que teníamos logramos recrear en nuestras mentes por un momento las aberrantes situaciones que tal vez muchos inocentes tuvieron que vivir y esto simplemente despertó más nuestra curiosidad por saber todo lo que ocurría al interior del Bronx.

Hasta ese momento no solo estábamos curiosas y aterradas, sino también estábamos estupefactas. No sabíamos qué decir. No podíamos creer todo lo que estábamos viendo, percibiendo y mucho menos lo que nos estaban relatando. Parecía mentira que hubiera gente capaz de cometer esos actos.

Mientras salíamos de aquel lugar, se sentían pasos detrás de nosotras. Parecía que tuviéramos a alguien queriendo hablarnos al oído. Teníamos náuseas del olor a podredumbre que, a esas alturas, ya no podíamos ni identificar a qué se debía. Los pasillos eran muy estrechos. No cabíamos una al lado de la otra. Tampoco podíamos sentirnos protegidas, aunque estuviéramos con los del CTI. La sensación de que alguien estaba detrás de nosotras no era simplemente porque fuéramos en fila india, sino porque sentíamos la energía de alguien más, como queriéndonos narrar su tragedia o lo que tuvo que vivir allí hasta llegar a su muerte.

El recorrido fue de aproximadamente 30 minutos. Nosotras ya queríamos salir del lugar. Al menos para respirar algo del poco aire puro que se pudiera obtener en esa zona. Uno de los del CTI nos dijo que, si llegábamos a necesitar más datos de lo ocurrido en el Bronx, nos comunicáramos con él. Se quitó el tapabocas que tenía y nos dijo: *“Recuerden que mi nombre es Julian Quintana”*. De inmediato supimos que él era el Director del Cuerpo de Investigación. Y que, efectivamente, nos podía ayudar en lo que necesitáramos a futuro. Y así fue.

Al salir del lugar decidimos hablar con los comerciantes aledaños al sector. Creíamos que podían brindarnos información extra que aclararía tal vez alguna de las dudas que en ese momento invadían nuestra mente. Nos dirigimos al primer local en donde vendían cobijas. Estaba ubicado en diagonal a una de las salidas del Bronx. La persona encargada de atendernos fue muy amable al recibirnos, hasta que mencionamos querer información sobre lo ocurrido en el Bronx. Al parecer, el miedo no habitaba solo en el Bronx: también en sus alrededores.

Los propietarios de estos negocios no querían hablar del tema. Una de ellas, con lágrimas, nos pidió el favor de irnos inmediatamente. Nos dijo: *“¡Por Dios, váyanse!. Aquí estamos demasiado vigilados. En todo lado hay cámaras. ¿No las ven? Lo que menos queremos es que nuestras familias estén en peligro. Ellos saben todo de nosotros. ¡Váyanse ya!”*.

Teníamos tantas preguntas para esas personas que, al escuchar el primer relato, lograron contagiarnos el miedo que ellos tenían. Sentimos la necesidad de irnos del lugar de inmediato. No soportábamos la idea de que tal vez ellos nos vieran como un posible blanco, pues era evidente que queríamos saber todo sobre el tema, preguntándole a cualquiera que se nos atravesara qué más pasaba allí. Pero nuestra curiosidad nos estaba poniendo en peligro.

Cruzamos hacia el batallón de Policía militar N° 15 Cacique Bacatá, supuestamente para sentirnos “más seguras”, ya que había bachilleres de la Policía en ese andén. Pero la necesidad era la misma. Huir era lo único en que lo pensábamos.

De camino a la Universidad con la primisia, no podíamos olvidar la cara de terror de Julián Quintana. Un hombre como él, acostumbrado a ver todo tipo de crímenes y situaciones escalofriantes, estaba increíblemente impactado por todo lo hallado en el Bronx. No eran delitos comunes los que se vivían allí dentro.

Ninguna pronunció palabra. Estábamos tan envueltas en la historia que nos habían contado, que queríamos saber más, queríamos saberlo todo, pese al temor que sentíamos.

Fue este el punto de partida para empezar a investigar. Entendimos que, detrás de todo esto, debían estar las estructuras criminales que manejaban este tipo de lugares, en donde la delincuencia, venta y consumo de drogas funcionan como fachada para estas organizaciones al margen de la ley que afectan directamente no solo el espacio donde se desarrollan las llamadas “ollas”, sino que desembocan en inseguridad ciudadana (robos, secuestros, extorsiones y prostitución), perjudicando a las personas que terminan por caer en estos sitios y al ámbito mismo en donde se les da cabida.

Como resultado de la curiosidad que se nos despertó ese día al haber ido al Bronx, conocerlo, percibirlo y sentirlo, además de todo lo que nos contaron Julián Quintana y el periodista Manolo, empezamos a indagar en el tema y descubrimos que no ha sido trabajado en profundidad.

Leíamos en diferentes medios sobre estas estructuras: lo que hacían y cómo lo hacían. Pero si el Estado sabía lo que pasaba (antes de que los medios se enteraran), ¿por qué no se le daba fin a tanto crimen, sobretodo a ese mini sistema (si es que así le podemos llamar) que se forjaba en el Bronx y que cada día era más y más poderoso? Algo estaba pasando. Más allá de si se encontraba o no a los responsables, suponiendo que los únicos responsables eran quienes infligían tantas torturas y no tenían ningún tipo de relación con los que gobiernan en la ciudad y en el país, nadie nunca dijo nada. Simplemente pasaba y así se quedaba. Raro.

Como todo en Colombia, los intereses personas (económicos y políticos) siempre van liderando el ranking de la corrupción.

Muy bien lo dijo el general Hoover Penilla, actual comandante de la Policía Metropolitana de Bogotá: *“hacer política con la vulnerabilidad de la gente es más fácil”*. Para el gobierno, es mejor mantener la fachada de que las “ollas” son un problema netamente de drogadicción y habitantes de calle, y no reconocer que detrás hay toda una organización moviendo dinero ilegal, a la cual habría que combatir.

Además, en los países latinoamericanos sigue siendo muy lucrativo el entorno del narcotráfico y todo lo que gira alrededor de él, y que es posible gracias a la corrupción por parte de los entes gubernamentales que lo permiten, o que, incluso, están directamente involucrados y sacan partido de la cantidad de dinero que el crimen mueve.

Estudios en América Latina afirman que una de las características principales del narcotráfico y el crimen organizado son la capacidad de encontrar espacios en donde el

Estado no tiene ningún interés en operar y, de este modo, lograr reproducir y maximizar las ganancias con diferentes modalidades ilegales, tanto nacionales como transnacionales.

Bogotá cuenta con la presencia de muchas bandas delincuenciales que se dedican a la venta y consumo de estupefacientes, pues la falta de autoridad gubernamental para superar las condiciones socioeconómicas en las que viven las personas más vulnerables como los habitantes de calle, en zonas como San Bernardino, la L, parque Tercer Milenio, entre otros, es una de las razones por las que el paramilitarismo, haya influenciado de manera directa el manejo de pequeñas organizaciones como las “ollas”, principalmente por el tipo de actividades ilegales que cometen los Sayayines. No es normal que asesinen personas por el simple hecho de verlas como una amenaza si miran de reojo a alguien, si no hace el trabajo que le piden, o si descubren a la persona que dice palabras de más para que ayuden a quienes están allí dentro. Y, por supuesto, por la técnica que tenían para que “nadie” se enterara.

Aparte del control sobre espacios rurales, el paramilitarismo ha entrado a dominar estructuras criminales en las grandes urbes como Bogotá, enfocándose principalmente en el área central de la ciudad, afirmó Carlos Ramiro Mena, inspector general de la Policía Nacional. Por ende, el paramilitarismo es uno de los más importantes puntos de referencia para que estas estructuras criminales -entrenadas y ‘educadas’ para dominar zonas y comercio de productos ilegales- se reproduzcan y operen satisfactoriamente en espacios vulnerables de la capital, aseguró Yair Klein, mercenario israelí para un artículo de BBC Mundo, denominado *“El mercenario israelí que tiene las claves del paramilitarismo en Colombia”*, publicado el 14 de noviembre del 2012.

El 28 de mayo del 2016, con más de dos mil quinientos hombres de la Policía y el Ejército, y con el acompañamiento de las Secretarías de Salud e Integración Social del Distrito y el Instituto de Bienestar Familiar ICBF, se realizó un gran operativo de intervención en el “Bronx”, ubicado en el centro de la capital colombiana. Desde entonces, quedó gravitando la idea de que una estructura criminal muy grande y completa estaba detrás, pues quedaron al descubierto muchos delitos graves que ocurrían dentro de la zona: se encontró que 200

mujeres eran explotadas sexualmente, de las cuales 76 eran menores de edad (8 de ellas, menores de 13 años); comercio de licor adulterado, estupefacientes, más de 500 máquinas tragamonedas, pornografía infantil, armas y asesinatos de personas que tenían deudas allí dentro (casas de pique).

Todos estos hechos dieron a conocer a la sociedad que esta zona no era simplemente ocupada por habitantes de calle, sino que existía una organización muy bien estructurada que cometía todo tipo de aberraciones. En las capturas que se hicieron no hubo ningún cabecilla. Sin embargo, es claro que hay líderes detrás de este tipo de acciones.

El paramilitarismo, estructura criminal que ahora opera en las urbes

De acuerdo con el informe sobre *“La violencia en América Latina”* de la revista de Economía Institucional, en su edición N° 18 de 2008 realizado, por el profesor Pierre Salama, en colaboración con las Naciones Unidas, el espectro de violencia en América Latina tiene tanto de ancho como de largo. El siguiente cuadro nos resume las diferentes formas de violencia, según sus motivos, autores y víctimas. Es posible observar que hay algunos niveles más graves que otros.

Clasificación de la violencia por motivación, tipo y actores América Latina y el Caribe

| Motivación | Tipo de violencia | Victimarios | Víctimas |
|--|--|--|---|
| Interpersonal o social; dominación, venganza, control, desacuerdos, intimidación desconocida | Doméstica o intrafamiliar; física, sexual, verbal, privación psicológica, descuido | Compañeros, padres, parientes, amigos, conocidos | Compañeras, hijos, ancianos, parientes |
| Económica; crímenes con poca o ninguna estructura | Peleas, heridas, homicidios | Bandas, conocidos, desconocidos | Amigos, conocidos, desconocidos |
| | Homicidios, violaciones, robos | Delincuentes comunes, miembros de pandillas | Población general, miembros de pandillas o grupos |
| Económica y poder; crimen organizado | Homicidios, heridas, asaltos | Traficantes de drogas, pandillas organizadas | Líderes, jueces, periodistas, ciudadanos, miembros de pandillas |
| Política | Homicidios, masacres, secuestros, heridas | Guerrillas, paramilitares, fuerzas del gobierno | Campesinos, población rural, guerrilleros, soldados, policías |

Fuente: Berkman (2007) a partir de los trabajos de Concha-Eastman.

Según el documento oficial de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos del año 2015, titulado “*Violencia, Niñez y Crimen Organizado*”, las estadísticas que dibujan el mapa de la violencia en el territorio latinoamericano muestran que los niveles más altos de delitos violentos se encuentran usualmente en las grandes urbes. Las zonas más afectadas son los barrios periféricos, pobres, con acceso limitado a servicios básicos y una escasa presencia del Estado .

Las zonas por donde transita la droga son aquellas en las que el control estatal disminuye, a la par en que el poder criminal aumenta, ya que, al no existir acompañamiento por parte del Gobierno, la estructura delincinencial tiene mayor empoderamiento, intimidando y amedrentando a los habitantes del lugar para que, efectivamente, el silencio y el temor preponderen.

Si bien el cuadro anterior ilustra varios aspectos de violencia, no es un diagnóstico que muestra analíticamente los impactos de la misma. Profundizamos en el informe regional de desarrollo humano del 2013 al 2014 “*Seguridad ciudadana con rostro humano: diagnóstico y propuestas para América Latina*”, del Programa de las Naciones Unidas para

el Desarrollo, y encontramos las múltiples causas: altos índices de pobreza y desigualdad en los ingresos económicos; la insuficiente represión por parte de los entes de control (como la Policía, debido a su bajo número de efectivos); una justicia débil, permisiva y poco eficiente; la transformación y rezagos de los conflictos civiles; la marginación de pueblos enteros aislando su cultura e identidad y, quizás uno de los más relevantes hoy por hoy, la elaboración y comercialización de las drogas.

Los jóvenes provenientes de entornos pobres y rechazados por el sistema escolar son más vulnerables a entrar en ambientes violentos, pues suelen ser personas de perfiles en los que también hay una precaria asistencia por parte de la familia y todo esto los convierte en seres vulnerables, según las Naciones Unidas en su investigación sobre la violencia, en la que además se especifica que Colombia está en un caso extremo de violencia, ya que los niños y jóvenes colombianos que hacen parte de estratos sociales medios y bajos son el 60% de la población del país y enfrentan problemáticas sociales en las que se encuentran inmersos diferentes grupos delictivos, capaces de arrasar con el valor moral de cualquier persona carente de identidad. Solo les importan sus propias necesidades y tienen una errónea convicción de que solo su punto de vista es el correcto.

En el documento de las Naciones Unidas *“Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa”*, de Irma Arriagada y Lorena Godoy, divulgado en agosto de 1999, encontramos que la presencia de exclusión social, la inequidad y la desigualdad son determinantes para explicar el tipo de violencia ejercida por los pertenecientes al grupo criminal, lo cual desencadena todo tipo de tensiones e inseguridad, pues estas personas no son solamente expendedores de droga, sino también consumidores, lo que los convierte en seres que alteran sus derechos por voluntad y que, a su vez, violentan a la comunidad.

A partir de la curiosidad por lo sucedido dentro del Bronx, y con base en los testimonios por parte del exdirector del CTI, Julián Quintana, y la experiencia de un colega periodista, Manolo Suárez (quien hizo un exhaustivo trabajo de investigación con habitantes de calle para el programa Testigo Directo), inició nuestra indagación sobre las mentes criminales que estaban inmersas en las aberrantes transgresiones que sucedían detrás de una

guarnición militar, al lado de una iglesia, a pocas cuadras del comando de la Policía Metropolitana, de la Alcaldía Mayor de Bogotá y la Presidencia de la República: el Bronx. Lo que había allí era un mercado liberal de narcóticos, que fue noticia por el operativo de la Policía y su intento de erradicar el negocio que vendía más de 460 millones de pesos al día en solo dosis de bazuco.

Con tanto dinero en juego, era claro que allí no entraba cualquiera, empezando por las autoridades. Un misterio urbano que nosotras quisimos escudriñar para revelar con pelos y señales lo que ocurría en este enigmático lugar, que, como lo dice Carol Malaver en el artículo de El Tiempo “*El bronx, una historia repleta de delito*”, del 3 de junio del 2016, “ha sido y sigue siendo un territorio sin ley que presta servicios ilegales con la complicidad de toda la ciudad”. Quisimos conocer sus inicios y por qué se permitió que creciera de esa manera, para dejar en claro que no es un simple problema social de habitantes de calle y drogadicción, sino realmente aclarar lo que para muchos ya es evidente, pero pocos se atreven a mencionar: las estructuras y poderes de fondo.

CAPÍTULO II

EL PRINCIPIO DEL FIN

El arquitecto e historiador Rogelio Salmona, en su convicción de involucrar el contexto geográfico, histórico y social, no se equivocó al decir en una entrevista para arquitrave.com en el año 2000, que “cuando la ciudad empieza a segregarse, no se une, no se toca, no se frota. Es una ciudad que empieza a tener toda serie de conflictos. Una ciudad que segrega, que no tolera, es una ciudad que está muriendo, es una ciudad en la que la barbarie está dominando a la civilización”. Esto podría explicar cómo en el barrio Santa Inés, de Santa Fe de Bogotá, que en principio albergó a la clase alta, encontráramos hoy más de 10.000 historias de personas hundidas en la miseria.

La Secretaría Distrital de Integración Social, en su proyecto 265 “Fondo de Seguridad y Vigilancia” titulado “*De Santa Inés al Cartucho*”, realizado por Germán Garzón Peñuela y bajo la Subdirección para la Adulthood -mediante una exposición fotográfica en el 2010 en conmemoración del bicentenario-, elaboró una reseña histórica que nos sirvió como base para entender la transformación de la zona. Hacia 1600, el barrio era considerado como un espacio en donde los más adinerados tenían sus propiedades. Para 1645 se construyó la iglesia que llevaría el nombre de la santa italiana “Santa Inés”, y se encargaría, desde entonces, de velar por esta parte de la ciudad poblada de nuevas gentes de renombre, gracias a las famosas edificaciones coloniales y de buen gusto, dignas de la clase privilegiada.

Con más gente en el territorio, en 1718 se levantó la iglesia San Juan de Dios, dando cabida a más población para que, en 1823, se respondiera a la necesidad poblacional, construyendo una de las primeras dos fuentes públicas de agua en la capital.

“Uno de los grandes hitos migratorios hacia la capital del país se dio desde 1860 hasta comienzos del siglo XX, cuando muchos llegaron desde Santander, Boyacá y los municipios de Cundinamarca, un hecho que coincide con la Guerra de los Mil Días y el comienzo de un proceso de expansión y urbanización tan poderoso que hizo que Bogotá pasara de los cien mil habitantes a los siete millones en un siglo”, según Germán Gómez Polo para el portal web de El Espectador en el año 2015 titulado “*Bogotá, la ciudad de todos los colombianos*”.

En 1887, el entorno colonial del sector cambió; se construyó la estación de la Sabana y el vecindario comenzó a brindar servicios a los viajeros que arribaban a Bogotá. Se instalaron colegios, farmacias, restaurantes y joyerías. En 1891 se dio apertura a chicherías y fábricas de instrumentos de cuerda, de máquinas, cerveza, velas y jabón. Además de herrerías y carpinterías.

Como resultado, el Santa Inés se convirtió en el destino de forasteros, zambos, mulatos, mestizos, negros, vagabundos, blancos empobrecidos y demás desfavorecidos, que fueron encontrando en el lugar una posibilidad laboral.

Para 1894, el sector formaba parte de las parroquias San Victorino, San Pedro y Santa Bárbara. Ya en 1900 la Plaza Central empezó a ser el centro de abastecimiento de la ciudad, y aparecieron varios terminales de transporte intermunicipal. Los viernes se designaron como el día de mercado. Eran los días más concurridos y, a falta de carros y camiones por la carrera once, había zorras de tiro y carretillas. Después de hacer el mercado se dejaba un vale al zorrero o carretillero para que reclamara y arrimara los encargos a las casas correspondientes.

Poco a poco se fue generando la presencia constante y silenciosa del “habitante de calle”. La iglesia Santa Inés se encargaba, a petición de los habitantes de la zona, de hacer acompañamiento a las personas “vagabundas” o “mendigos”, para que se alejaran o mejoraran su condición de vida que, hasta el momento, era precaria. No fue un tema difícil de tratar. La cantidad de habitantes de calle no era tan grande -como ahora- y, por lo tanto, era factible prestarles el servicio de alimentación, limpieza y estadía, para que no vivieran el tormentoso frío de la capital.

Las familias más adineradas de la época y del sector no veían con buenos ojos esta ayuda que la iglesia prestaba. Para ellos era mantener el problema bajo el mismo techo. La solución estaba en sacarlos del barrio. Pero no solo a ellos, sino también a los que ya se habían establecido como vendedores del sector. Las personas que ya tenían formados sus negocios empezaron a levantar huelgas en contra de la imponente situación.

Para el año 1910, la ciudad albergaba no más de 120 mil habitantes, y su límite norte estaba en la Iglesia de San Diego (la actual calle 26). Se podía llegar de extremo a extremo por la que hoy es conocida como Carrera Séptima. La pequeña Bogotá se empieza a vestir de ciudad, aunque tratando de conservar a la Bogotá de antaño, y es en este punto donde la clase pudiente admite haber perdido su control del territorio y, en definitiva, son obligados

por las circunstancias a aceptar que ya no es un lugar exclusivamente de habitantes adinerados.

La ciudad ya había cambiado. Campesinos, extranjeros, personas de otros lados que llegaron para quedarse, y con ello también la diferencia de ideales. pensar como liberal o como conservador era el día tras día. Discutir por el gobernante de turno o por lo que podría hacer el otro partido político para mejorar la situación de la ciudad era el “padre nuestro” matutino.

La clase popular predominaba en la capital. El 48, año de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (el hombre que pondría en su lugar a la clase alta y posicionaría a la popular), dejó una cicatriz imborrable en Bogotá. Luego del Bogotazo, fue demolida la plaza central en 1953. El alcalde Mazuera ordenó demoler la iglesia colonial de Santa Inés , junto con otras antiguas edificaciones, para dar paso a la Avenida Mazuera, hoy distinguida como la Carrera Décima.

Esta nueva vía vehicular era considerada como ejemplo de movilidad. Pero la realidad era otra. La Carrera Décima no hizo más que dividir el centro de la capital en dos y, con el tiempo, se hizo equivalente la congestión vehicular y el típico “raonazo”. Cuando se ordenó demoler la Iglesia Santa Inés, se demolió la esperanza de restaurar la zona y de que volviera a ser como antes. Se construyó, de a poco, la nueva y poderosa pesadilla que nadie nunca imaginó.

Además, con la apertura de las Avenidas Sexta, Jiménez, Caracas y la Carrera Décima, el barrio Santa Inés quedó atrapado. aquello fue como quitarle aire fresco; metafóricamente se estranguló al barrio. Los bogotanos de clase alta y apellidos conocidos empezaron a ver que la zona la habitaban, en su mayoría, personas de bajos recursos, que casi vivían en la indigencia junto a sus hijos. Por esto decidieron dejar sus hogares y emigrar a la zona norte de la ciudad (que luego de unos años se expandiría). Las lujosas casas quedaron abandonadas (se convirtieron en inquilinatos). Nadie respondía por lo que había o no en

esos espacios. Los habitantes de calle se adueñaron de esos inmuebles y ni el Estado, ni la policía, pudieron alejarlos de allí. Nadie nunca hizo nada.

El centro de la capital se volvió un refugio, incluso un escondite de malhechores. Ahí se realizaban actividades ilegales y se empezaba a denominar como “El Cartucho”, nombre que hacía referencia a cuando “Los Santandereanos”, “liderados por los Ariza y los Arguello, llegaron con el bazuco al Santa Inés. Era en esos “cartuchos” en donde sacaban la droga y luego expendían en tubitos de vidrio de los que se usaban para la anestesia dental”, según el Decreto 560 de 2015 sobre *“La Política Pública Distrital para el Fenómeno de Habitabilidad en Calle”*, realizado por la Secretaría de Integración Social.

Se empezó a hablar entonces de un saneamiento en Bogotá, que consistía en limpiar el nombre de la capital del país, previniendo y extinguiendo el consumo de sustancias psicoactivas, con el fin de erradicar su principal consumidor, el “habitante de calle”. Dicho proyecto se desarrolló con tanta rigurosidad que, a mediados de los 70, se tomó como orden definitiva desalojar de las calles del centro a quien sorprendieran durmiendo en el suelo, y enviarlo directamente hacia la calle de El Cartucho. Esta orden, sin cabeza aparente, se cumplía porque se sabía que venía de arriba, a pesar de que no estaba escrita en papel ni hacía parte de algún decreto, de tal forma que cualquier infante o “gamín” entre cartones de la calle o el “vagabundo” bebedor de “pipo” - una mezcla de alcohol antiséptico con gaseosa - era recogido y trasladado al callejón.

En los 80 el bazuco se tomó a Bogotá. No hubo sector social que no se relacionara con su consumo. Por ello, algunos afirman que buena parte de la ciudad pasó por El Cartucho. Este lugar ya era reconocido como la zona más deplorable. Empezó a ser guarida para el negocio del narcotráfico, y para prostitutas, delincuentes y jívaros más organizados. En 1989, con la apertura y prohibición de viviendas alrededor del relleno Doña Juana, - ubicado en la vía Villavicencio, cerca a la localidad de Usme - los recicladores que vivían en los anteriores depósitos de basura se vieron obligados a desplazarse a las calles y establecer bodegas de reciclaje en El Cartucho, porque al relleno sanitario llegaban 4500 toneladas de basura, de las cuales 3000 eran desechos orgánicos compuestos principalmente por comida, y la

Secretaría de Salud hizo el desalojo por inhalación de gases, afirma la redacción de El Tiempo, en un artículo del 28 de Septiembre de 1997, denominado *“Emergencia en el sur por derrumbe en Doña Juana”*.

Para 1984, y según la crónica realizada por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural de la Alcaldía Mayor de Bogotá, titulada *“En un lugar llamado El Cartucho”*, la degradación en El Cartucho era inocultable. “El negocio de la droga era importante al comienzo, pero más importante era el negocio de los compradores de papel, cartón y vidrio”.

En 1990, en el “callejón de la muerte” había ciudadanos que se hacían a una pieza, un patio, una bodega, o un anden de calle, para convertirlo en el sitio perfecto de consumo. El bazuco en sus inicios se vendía envuelto en papel periódico, pero el negocio creció tanto que se empezó a ofrecer la droga en papeles de colores, para diferenciar al j́baro. Además, era sellada con un gancho de cosedora para evitar la falsificación.

Para 1998, El Departamento Administrativo de Bienestar Social, por medio de la estrategia de intervención social, calculó que había alrededor de 12 mil habitantes en El Cartucho. Hicieron un análisis del surgimiento y crearon una campaña, en la que invitaban a la sociedad capitalina a reflexionar sobre las consecuencias de hacer en Bogotá una división abrupta y excluyente de clases sociales diferentes, campaña que no funcionó y no duró en vigencia más de un mes.

En El Cartucho había alrededor de 25 ollas. Se llamaban “gancho amarillo”, “gancho morado”, “la novena”, “la once”, entre otros nombres de ese estilo. Eran territorios dentro del mismo y eran dominados por malhechores. Era como imponer otra ley y otro orden por mandato expreso de la delincuencia. A mediados del 98 imperaba la hegemonía del cuadrante delincencial de la Avenida Calle 6 a la Calle 10a, de la Avenida Caracas a la Carrera 10a. En este lugar había 5 o 6 muertos diarios. Era preocupante para la ciudad que las estadísticas estuvieran disparadas en cuestiones de homicidios.

En la zona habían 602 casas y deambulaban, según las estadísticas de la Alcaldía Mayor de Bogotá, más de 10 mil personas, en su mayoría dedicadas a actividades al margen de la ley. Se revendía basura, ya que era la labor que realizaban los habitantes de calle para obtener un ingreso. La economía era diaria: el arriendo, la comida, productos de aseo usados por 200 pesos y, por supuesto, el cigarrillo de bazuco por un poco más de 300 pesos. Era normal ver una lluvia de “plomo”, como se decía literalmente, hacía todos lados, por los constantes enfrentamientos de los Jíbaros con la Policía.

Allí morían policías y gente del Centro Comercial el GranSan, zona de venta al por mayor y detal de prendas de vestir, accesorios para el hogar y electrodomésticos; ubicado en la Carrera Décima y Once, entre las calles 9na y 10ma, justo al frente del intervenido “Cartucho”, actual “Parque Tercer Milenio”. Era un mundo desbordado por la violencia.

Hombres, mujeres y niños fueron asesinados en “El Cartucho”; otros fueron víctimas de violaciones. Había también ancianos que no encontraban más salida que resignarse frente a su realidad y continuar en ese trance de olvido, degradación y consumo de bazuco del que ya no podían salir.

En 1998, el entonces alcalde de Bogotá, Enrique Peñalosa, decidió intervenir esta zona por tres razones importantes: la primera, para rescatar a las personas que estaban en completa degradación humanitaria, brindándoles opciones para mejorar su calidad de vida, e iniciar la rehabilitación que tanto necesitaban, pero que la sociedad les negaba por simple ignorancia. La segunda, para impedir que estos carteles de droga continuaran propagándose por toda la ciudad y el país. Y la tercera, reconstruir la zona en su totalidad, ya que era más de un millón las personas que transitaban diariamente por ahí y que estaban expuestas a la inseguridad.

La intervención implicaba riesgos. Entre ellos, los medios de comunicación no creían que se pudiera intervenir y que, además, fuera exitosa la labor. Hubo amenazas por parte de grupos anónimos que evidentemente se lucraban de este negocio, que cobraba la vida de cientos de personas en la capital. Se realizaron censos a los habitantes para determinar

cuántos eran y sus rangos de edad. Se identificó a los propietarios de cada casa y se procedió a la debida compra para construir el ahora Parque Tercer Milenio. De igual forma, se realizó un acompañamiento detallado a cada habitante de calle, con respecto a sus derechos y deberes como colombiano.

Andrés Rodríguez, habitante de la calle, nos contó cómo fue la toma de la calle de El Cartucho. Para él fue un total abuso. Caminaba junto a nosotras por la Plaza de Bolívar, mientras tan solo con su mirada nos hacía saber que quería hablar y, lo más importante, ser escuchado después de tanto tiempo. Era una mañana bastante soleada y su espléndida sonrisa parecía reproducir los rayos del sol. Nos miraba con tanto respeto como a sus hijas, que lo acompañaban expectantes frente a su relato.

Andrés: Soy de la calle. Me llamo Andrés Rodríguez. Tengo 48 años, de los cuales siete fueron en la calle. No me pesa haber conocido la calle, pero tampoco se la deseo a nadie, al ver como tratan a la gente. El 7 de agosto del 2006, cumplió cuatro años el señor Uribe de estar en la Presidencia y el mismo día se cumplían cuatro años de la bomba que nos colocaron en El Cartucho. Tres días antes fueron a sacarnos a las buenas. Y los “malos” rompieron tres transmilenios y atracaron a tres personas.

Tal vez por eso ese día llegaron a las cinco de la tarde y, nos acordonaron todo El Cartucho. “Ah, ¿están muy malos?”, nos decían los de la policía y a las seis de la tarde entró el grupo antiexplosivos. (No me importa que la gente me llegue a matar, por decir esto; dijo Andrés en medio de la entrevista). El grupo antiexplosivos entró y al tiempo toteó la bomba. Allí donde el Presidente solo se rasparon dos ladrillos, mientras que en El Cartucho lo primero que voló fue la cabeza de una niña a la que le decíamos “japonesa”.

Apenas sonó la “totazón” (disparos) todo estaba listo. Los médicos de Medicina Legal y las ambulancias llegaron al minuto. Eso estaba patentado para matarnos. Era la única manera de acabar El Cartucho.

Andrés logró huir ese día y tomó la decisión de acabar con esa vida que llevaba. Se acercó a la Fundación Una Luz de Esperanza y allí, con mucho esfuerzo, como él mismo lo cuenta, logró salir adelante. Aprendió a hacer postres y a venderlos en un puesto cerca a la Plaza de Bolívar que aún hoy conserva.

La Secretaría de Planeación inició la primera etapa de un ambicioso parque en el 2002, que le diera la bienvenida al nuevo milenio. El Parque Metropolitano el Tercer Milenio fue la obra que le dio fin a esta olla de delincuencia e ilegalidad en Bogotá llamada El Cartucho.

Más adelante, se pudo detectar la herencia del antiguo cartucho en las más de siete ollas que se dedicaban al expendio de drogas en la capital. Indudablemente, la que con el tiempo empezó a sobresalir fue la olla del Bronx.

Al comprender que en Bogotá, desde la llamada calle “El Cartucho”, se venía manejando una fuerte estructura criminal que controlaba a su antojo la delincuencia en la capital del país, empezamos a escudriñar qué tipo de organización era la que había o hay detrás de todo esto. Nuestra primera hipótesis fue acerca del paramilitarismo, cuya supuesta desaparición con la desmovilización era poco creíble. Más bien se había transformado para empezar a operar desde otros ángulos de la ilegalidad, sin perder su esencia.

Francia, ¿inspiración para el paramilitarismo?

Quisiéramos creer que el paramilitarismo no tiene nexos con el Estado colombiano. Que en definitiva, son vándalos o inadaptados que aprendieron, de no sabemos dónde, tantos actos retorcidos que desembocaron en una zona concurrida como el Bronx, y que simplemente se están desquitando con la vida, por tener que sobrevivir en una sociedad que ignora su realidad y que le importa cinco lo que le pasa a su prójimo. Podríamos, de hecho, culpar a la comunidad por no enfrentarse a lo que estaba pasando. Por no demandar y por no defender su territorio.

Efectivamente, no imaginaríamos que el paramilitarismo surge en Francia como un modelo que iba a solucionar todo el caos contrainsurgente que se presentó por movimientos

independentistas que no seguían el mismo pensamiento colonial para la Segunda Guerra Mundial, cuando Japón y Reino Unido se apoderaron de Indochina y Argelia, a través de escuadrones de la muerte.

Los militares franceses aplicaban torturas y desapariciones a quienes pensaban diferente y tenían la fuerza para enfrentarse a ellos. Se les impediría continuar con la “rebeldía”. Iniciaron con los desplazamientos a la población civil. Encontraron que se podría controlar a las personas, a través de su cooperación. Y de no hacerlo, se buscaría el objetivo de la misma, no solo con amenazas sino de asesinatos.

Pero en los años 50 el ejército francés no escatimó en torturar y asesinar al que se considerara como sospechoso de cooperar con la guerrilla. Esta batalla incentivó la creación de la Escuela de Guerra de París. Los insurgentes no podían salirse con la suya. El Estado tenía que saber enseñar a sus militares o a las nuevas organizaciones a “defender” a la comunidad. Prepararon inicialmente a argentinos y estadounidenses. Estos últimos gustaron de lo que se les enseñó en la escuela y llegaron a Estados Unidos a crear la Escuela de las Américas. Allí continuaron con el legado que les cedió Francia y fortalecieron la creación de grupos contrainsurgentes para controlar su territorio de los subversivos.

Entre las décadas de los 50 y 70's, se educaron aproximadamente 100.000 latinoamericanos, de los cuales 4000 eran colombianos. Aunque, según *“La historia del paramilitarismo en Colombia”*, de Edgar Velásquez, “antes de esta influencia francesa, Estados Unidos ya había implementado los escuadrones de la muerte o paramilitares en países de América Latina”.

Se dio origen a escuadrones de la muerte en Paraguay, Brasil, Ecuador, Bolivia y Venezuela. El común denominador de los escuadrones de la muerte o paramilitares fue el ser creados por las fuerzas regulares de cada país. Pero no solos. Fue con la compañía, asesoría y seguimiento de la Central Intelligence Agency, CIA. Y Mitrione, experto en torturas y en la creación y asesoría de escuadrones de la CIA, solía decir: “El dolor exacto, en el lugar exacto, en la cantidad exacta para obtener el efecto deseado”.

Si en Francia se crearon los escuadrones de la muerte, y si Estados Unidos tenía un modelo similar al país europeo, y si algunos militares estuvieron en esas grandes escuelas en donde les enseñaban a torturar y asesinar a quienes para ellos eran los rebeldes, por fuerza la idea prendería en Colombia, como la práctica más estupenda para que el Estado camuflara sus más retorcidos pensamientos en la creación de grupos en contra de la insurgencia.

Según Daniel García Jaramillo, citado por Edgar Velásquez en *“La historia del paramilitarismo en Colombia”*, este “se encuentra en la vieja práctica de las élites colombianas de utilizar la violencia para obtener y mantener sus propiedades y sus privilegios en connivencia con el Estado. Los antecedentes más cercanos se encuentran en los grupos que surgieron en la violencia de los años cuarenta y cincuenta (...) cuando (...) grupos privados, como los denominados Pájaros, operaron con el apoyo y la complicidad de las autoridades”.

Por supuesto que en Colombia el fenómeno paramilitar no es muy diferente a los inicios que tuvo en Francia. Nuestro país tiene una larga y curiosa historia al respecto. Prácticamente, desde hace un siglo se han presentado expresiones de organizaciones paraestatales que actúan en colaboración o directamente ligados a las fuerzas estatales, pero digamos que su origen contemporáneo se remonta a los años 60.

La historia del paramilitarismo tiene grandes etapas. La primera es en los años 60 y está relacionada estrechamente con la doctrina de la seguridad nacional, cuando se crearon los primeros escuadrones de la muerte, según la Asociación de Familiares Detenidos de Desaparecidos ASFADDES, y el Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, entre otras, en el documento de Derechos Humanos, titulado *“Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia”*.

Entre la década del 70 y comienzos de los años 80, cerca de 200 nombres diferentes fueron usados por estas estructuras de muerte y encubiertas en operaciones por parte de la fuerza pública, a través de grupos de inteligencia de base militar, en que los miembros del ejército aparecían y actuaban en regiones donde existían los grupos guerrilleros, pero también donde existían importantes influencias de organizaciones agrarias y de organizaciones campesinas.

Luego, durante el desarrollo de la segunda fase del paramilitarismo, entre los años 1982 y 1994, se crearon ya grupos paramilitares reconocidos a nivel nacional y con un fuerte apoyo de las estructuras del Estado.

Como muy bien lo dice la Asociación de Familiares Detenidos de Desaparecidos, ASFADDES, y el Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, entre otras, en el documento de Derechos Humanos, titulado “*Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia*”, “El paramilitarismo se ha favorecido del Estado, de las necesidades, de las ideologías y de cualquier fenómeno social que le sirviera para sacar provecho de las contradicciones que se ven a diario en los colombianos. Los principales mentores del paramilitarismo fueron los terratenientes y campesinos que tenían la fuerte convicción de defenderse de las guerrillas; los narcotraficantes que se apoyaron en estos grupos para sus fines lucrativos y los militantes con sed de acabar la insurgencia, que empezaron a emplear cualquier método con el fin de cumplir su cometido”.

El paramilitarismo responde a una estrategia estatal que va más allá de una política contrainsurgente que tiene profundos alcances de orden económico y social. Al mencionar al paramilitarismo como funcional, queremos denotar que es un negocio ilegal muy lucrativo y, por ende, permite a muchos de los involucrados entrar en un estatus alto de la sociedad, consiguiendo de este modo el asocio con otros negocios, bajo fachadas de empresas supuestamente legales. Desde sus inicios, siempre ha trabajado con la legalidad.

Pero, ¿cómo está compuesta la estructura del paramilitarismo y por qué los grupos criminales se rigen bajo ese mismo modelo de funcionamiento? En una investigación realizada por Question Digital (Territorio libre para el pensamiento crítico: Plataforma para el debate de ideas) denominada “*La estructura de las bandas paramilitares y los intentos de para-Estados*” en el año 2016, acerca de las estructuras de las bandas paramilitares y los intentos de para-Estados en Caracas, Venezuela, se encontró que, gracias al testimonio de varias víctimas y de la confesión de delincuentes capturados, “se ha podido develar también

el modus operandi, que los asemeja mucho con las células “Convivir” que se instauraron en la colombiana Medellín de 1990”.

Este modus operandi tiene realmente una forma peculiar de acción y el Estado va acompañándolo muy de la mano en cada momento. De hecho, la fuerza pública es la que los ha dotado de armamentos y de todo lo necesario para que los paramilitares operen “clandestinamente”.

Los grupos paramilitares no han tenido un solo modelo o método de acción, sino que este ha estado determinado por el nivel de conflicto en la región, el nivel de organización del movimiento popular y la resistencia de la población frente a este tipo de proyectos y el accionar de la Fuerza Pública, según la Asociación de Familiares Detenidos de Desaparecidos ASFADDES, y el Centro de Investigación y Educación Popular, CINEP, entre otras, en el documento de Derechos Humanos, titulado “*Conflicto armado y paramilitarismo en Colombia*”.

Tienen tres modelos de acción. El primero consiste en que la población se involucre en la estructura compulsivamente; es decir, que los líderes de la misma persuadan a la persona de la necesidad o el buen actuar del grupo. El segundo depende del área de acción en donde operen, para que la conformación de la estructura sea determinada. No es igual la forma de operar en el Urabá Antioqueño, que en el centro de Bogotá. Para el tercero, es importante contratar personas provenientes de otros lugares completamente ajenos al de ellos, para que estos sean los encargados de cometer los crímenes correspondientes.

En este último punto, ASFADDES especifica que “el accionar tiene como finalidad el dificultar las investigaciones en torno de estos grupos y encubrir a los responsables de la comisión de crímenes de lesa humanidad”. De lograr dichos objetivos, la Fuerza Pública será la encargada de salvaguardar cada caso para que no sea revelado ni judicializado, aprovechando que las personas que realizan dichas torturas no hacen parte del grupo en sí, y, por lo tanto, no será tan sencillo encontrar a los culpables.

Según el Informe de Derechos Humanos del Tribunal de Justicia y Paz de Bogotá en el año 2015, “asfixia, ahogamiento, golpes violentos, mutilaciones, descargas eléctricas, perturbación psíquica, quemaduras y violencia sexual, así como el fácil acceso de armamento y elementos únicos de tortura, son algunas de las formas de tortura a las que recurren los grupos paramilitares en Colombia”.

Así como cualquier tipo de organización privada o pública, el paramilitarismo funciona también con posiciones de poder ubicadas jerárquicamente; desde el área más débil hasta el más fuerte. Un ejemplo claro de ello es el caso de Venezuela. La estructura criminal y la funcionalidad que se le da a cada encargado en el país vecino es la misma que la de Colombia. En lo único que se diferencia es en el nombre que se le da a cada uno de los que trabajan para este grupo.

Encontramos a través del Portal Web de QUESTION DIGITAL (Territorio Libre para el Pensamiento Crítico - Plataforma para la Batalla de las Ideas) de Venezuela, en la investigación titulada “*La estructura de las bandas paramilitares y los intentos de para-Estados*” en el año 2016, la manera cómo se asignaban las siguientes labores, con nombre y descripción detallada de lo que hacía cada encargado:

Los gariteros son aquellos jóvenes de entre 17 y 22 años recién reclutados, que cumplen la función del cuidado de los principales accesos del sector en donde opera la banda (se les paga entre 20 y 40 mil bolívares mensuales, más comisiones por venta de droga).

Los avances, que tienen más experiencia que los ‘gariteros’. Su oficio es la “chamba” (robos de menor grado en la zona donde opera la banda). Es remunerado entre 30 y 500 dólares, dependiendo de la importancia de la “persona objetivo”.

Los Cobradores son los encargados de cobrar la llamada “vacuna”, que consiste en el porcentaje de ganancia que la banda asigne para que quienes comercian o viven en la zona puedan seguir haciéndolo. Lo hacen a través de llamadas telefónicas y de inteligencia, mediante las cuales planean los secuestros que hacen parte de la extorsión de la “vacuna”.

Las ‘mamis’ o ‘perras’ son aquellas mujeres encargadas de la distracción y de realizar el seguimiento para “fichar” a las “personas objetivo” que serán secuestradas, extorsionadas o asesinadas.

Los ‘Sapos’ o ‘brujas’ son quienes colaboran externamente a cambio de favores o dinero. En esta área se encuentran funcionarios públicos y periodistas que actúan como voceros de la organización.

El ‘Tal’ es el que mantiene relación directa con Los Principales. Es asignado para dar las órdenes de sicariato y para proveer de armas y droga a las bandas, además de distribuir el dinero en dólares a toda la estructura.

El Carro también tienen relación directa con Los Principales. Está encargado de mantener a los secuestrados en las “neveras”, así como de distribuir en los barrios las armas y drogas. Únicamente sale de la zona para realizar “chambas” de importante magnitud.

Los Principales son el rango más importante dentro de la estructura. Son quienes proveen a la zona de drogas y armas. Su cargo no es elegido a la fuerza, sino con la recomendación de personajes importantes que se benefician de la persona elegida.

Entendiendo la forma de operar del paramilitarismo, sus inicios y su estructura, pudimos entender que las estructuras criminales, en definitiva, desembocan en el paramilitarismo, ya que es indispensable tener este tipo de jerarquía y labores para, de este modo, funcionar organizadamente y que las ganancias sean debidamente distribuidas. Así, es más factible continuar con este tipo de negocio y que se obtengan los resultados esperados, que son en gran medida lucrativos.

Un ejemplo de por qué el paramilitarismo está inmiscuido en las estructuras criminales es el grupo “Los Urabeños” de Cali, Colombia. Este grupo ilegal, según información de la Policía, pretendía controlar todo el área que estaba a cargo de las Autodefensas Unidas de

Colombia AUC para el año 2009. Ellos tenían como objetivo manejar las salidas de estupefacientes y el ingreso de armas a la zona del Golfo de Morrosquillo y El Urabá. El grupo estaba compuesto por 450 personas y liderado por los hermanos Dairo y Jesús Úsuga.

Los Rastrojos son un grupo delictivo y criminal financiado por la comercialización de sustancias alucinógenas, la custodia de laboratorios o fábricas de estupefacientes, el secuestro a comerciantes, la extorsión a cultivadores de matas de coca, el cobro de “gramaje” a los narcotraficantes a fin de permitirles sacar la droga de los laboratorios, el tráfico con armas de fuego, el cobro de “vacunas” a hacendados en las zonas donde hacen presencia y cometer asesinatos selectivos derivados del ajuste de cuentas de la venta de estupefacientes, según un artículo especial de El Liberal de Argentina del año 2011, *“Rastrojos, una amenaza 'al servicio' del narcotráfico”*. Están compuestos por 16 personas que son responsables de ejecutar homicidios, controlar la venta de alucinógenos y las extorsiones en Valle del Cauca y Chocó. Diez de estos jóvenes fueron reclutados a los 17 años, para intimidar comerciantes y pobladores, según el portal de El País.

Muchos de quienes llegan a Bogotá, a la ciudad que es de todos y de nadie, debido a la fuerte migración que hay de las demás ciudades hacia la capital, en busca de “mejores oportunidades”, se estrellan con la realidad, al constatar que, en vez de nuevas posibilidades de vida, la gran mayoría termina por encontrar un lugar en donde abunda la corrupción y la delincuencia.

Un sitio en donde es mejor que todos hagan como si no vieran, no oyeran y no escucharan lo que pasa a su alrededor. Ese es el diario vivir de los bogotanos. No nos importa lo que pase con el otro. Es así como comienza nuestra verdadera historia, de la que todos hablan, pero en la que nadie ahonda, como si fuera ajena o prohibida.

La aterradorante “Calle del Bronx”

“Todo aquel que no fume es sospechoso. No oigo, no veo, no hablo”. Esa era la ley del silencio que imperaba en el ‘Bronx’. Estaba escrita en sus paredes. También en las del antiguo ‘Cartucho’ y hasta en San Victorino, con la complicidad de toda la ciudadanía. Así ha sido desde hace décadas”, afirma Carol Malaver para el periódico El Tiempo en sus publicaciones de 2016, cuando la noticia del momento fue la mítica calle del Bronx. Pues los habitantes de calle y personas que simplemente iban a la zona a consumir o pasar un rato de diversión y esparcimiento estaba claro que absolutamente nadie podía pronunciar palabra de lo que vieran o escucharan allí. Hoy vemos que esa “ley” impuesta en el Bronx funcionó lo suficiente para que, luego de más de 15 años de existencia de esa olla, se encontraran tantos vejámenes ocasionados por esta banda criminal.

¿Cómo poder entender lo que pasaba en los adentros del Bronx sin nunca haber estado allí? Era complejo para nosotras imaginar lo que se vivía adentro. Decidimos hablar con un habitante del Bronx que accedió a contarnos desde su perspectiva la vida dentro de este lugar.

***Cristian:** Lo que menos importa es mi nombre. Después de tantos años en la calle y sabiendo que no soy nada para nadie, ni yo sé cómo me llamo. Llevo más de 10 años sin que nadie pronuncie mi nombre, así que ya ni es importante.*

*Quiero dejar al desnudo la historia del Bronx. Tengo rabia porque las autoridades sabían exactamente lo que ocurría en el centro y la magnitud del problema. Se enteraron de lo que estaba pasando y no hicieron nada. Escondieron los ojos y mostraron a la prensa una parte, para después quedarse callados. Esto pasa desde que se trasladó El Cartucho para allá. Ése fue el problema. Las autoridades dijeron **“hicimos un gran parque, acabamos El Cartucho”** pero eso no fue verdad. El cartucho se partió en dos. La mitad quedó en el Bronx y el resto en Cinco Huecos y en las diferentes ollas de los barrios.*

En el bronx se quedó el poder que tenían los grandes taquilleros que existían en El Cartucho. La cantidad de dosis que se vendía empezó a ser significativamente mayor a la que presentaban las autoridades frente a la prensa.

***Cristian:** Yo decidí hablar cuando vi al Ministro de Defensa y al Comandante de la Policía de Bogotá mostrando unas cifras de lo que se consumía y se vendía en el Bronx. Yo permanecía dieciocho horas al día en el Bronx. Y como yo tengo estudio, gracias a Dios, sé sumar y también multiplicar. Estando allí me di cuenta de que si se venden 20 o 30 dosis por minuto en una taquilla de las 11 que había en el Bronx, si se multiplica por una hora y luego por veinticuatro horas al día que se trabajaba en estas taquillas - sin contar que los fines de semana las ventas se triplicaban el resultado es mil veces más de lo que decían las autoridades.*

El Bronx es un centro que ha existido por años y que la Alcaldía ayudó a mantener, diciendo que es mejor tener a los “indigentes” (habitantes de calle) reunidos en tres cuadras, a mantenerlos dispersos por la ciudad. Lo que ellos no previeron es que, con el tiempo, empezó a llegar gente de todo lado, porque se dieron cuenta de que allí se podía fumar a cualquier hora y en cualquier momento la cantidad que ellos quisieran.

***Cristian:** El Bronx tenía una seguridad interna que no permitía que se robara a las personas allí dentro. Se regó por toda la ciudad la voz de que se puede fumar a cualquier hora, con cualquier cantidad de dinero y no les va a pasar nada dentro del Bronx. El problema estaba en la salida de él. Con esta “garantía”, los muchachos pensaban “**me quiero divertir un rato**”, y se reunían 6 o 7 muchachos de buenas familias y decían “**vamos al Bronx. Allá no pasa nada. Allá lo cuidan a uno. Allá puedo ir con quinientos mil pesos y pasarmela todo el día y no me van a robar. Puedo llevar mi celular, mi iPhone**”.*

Dentro del Bronx no permitían que robaran a los clientes y la Alcaldía nunca entendió que, al ayudar a mantener eso, poco a poco este lugar se iba llenando de personas que no eran indigentes, que no eran adictos ni consumidores diarios y, poco a poco, se fue aumentando la afluencia de gente.

La Alcaldía tiene un censo de cinco mil habitantes de calle y, más o menos, esa es la cantidad. Con lo que ellos no contaban era que habían diez mil consumidores que se

estaban quedando en el Bronx, porque se les permitía y se les dejaba fumar a cualquier hora. Porque se podía tomar alcohol barato y porque se podía jugar monederas legalmente.

Existían las taquillas, que eran simples mesas con unos canastos en los que se administraban dos o tres “bombas”, que son bolsas de 100 dosis que tienen regularmente para que -en caso de un operativo- sea fácil salir de ellos. Era una mesa en cada puerta de una de esas “casuchas” en donde tienen dos personas haciendo la venta y una prestando el servicio de seguridad.

La venta era constante. Se veían filas de personas todo el día, a toda hora; a las 8:00 am, a las 2:00 pm, a las 10:00 pm, a las 3:00 am. Los fines de semana era los más monstruosos que se puedan imaginar. Es algo así como cuando regalan conos gratis en el centro y la gente se entera. Una fila de 10 personas pasa a ser una fila de 200, empujándose y matándose para no quedarse sin su dosis.

Con lo que él nos iba contando, y con calculadora en mano, hicimos el siguiente ejercicio: por taquilla en 1 minuto se venden 20 dosis de bazuco (20 bolsas, 20 bichas); multiplicamos eso por 1 hora y nos dio mil 200 dosis. Luego multiplicamos por 24 - que son las horas que se trabajan- y nos dio 28 mil 800 dosis, para luego multiplicar por 8 taquillas y nos dio 230 mil 400 dosis. Finalmente, multiplicamos por el valor de cada dosis, que es de 2 mil pesos cada bolsa; es decir, que estamos hablando de 460 millones 800 mil pesos al día en solo dosis de bazuco, sin tener en cuenta que los fines de semana esta cifra se duplica o triplica, pues los fines de semana es cuando se acercan todos los muchachos que están empezando a caer en la adicción del bazuco.

En el Bronx, en días normales, entre ocho taquillas que había en funcionamiento constante de las 11 que existen, se recaudaban y se vendían 460 millones de pesos en efectivo, en bolsas separadas y con billetes de mil y 2 mil pesos. Sin contar el negocio de la marihuana, de las máquinas y el negocio de la prostitución. Significa que, si son 460 millones de pesos al día, por los 30 días del mes, son 13 mil 824 millones de pesos

mensuales, solamente de bazuco y en días normales, sin contar con lo que entra en fines de semana. Al año serían 165 mil 888 millones de pesos.

Toda esta plata se presume que es sacada del Bronx en las carretas de la indigencia que entraban y salían constantemente del lugar. Es más que evidente que, moviéndose tanto dinero a diario, tenía que haber una gran estructura moviéndose adentro y afuera de las que eran -hasta ese momento- las calles más temibles de Bogotá.

Es en este punto en el que nosotras comenzamos a preguntarnos: ¿Quiénes estaban detrás del Bronx? ¿Cómo operaban? ¿Cómo era su estructura? ¿Por qué es tan difícil erradicar este tipo de organizaciones? ¿Cuáles son los intereses que se manejan? Para ello, consideramos relevante evidenciar el tipo de estructura con la que trabajan “Los Sayayines”, hombres temidos encargados de identificar y vigilar a todo el que entraba al sector, además de cobrar deudas, traficar con armas, coordinar asesinatos (tiros de gracia y disparos a quemarropa), explotación sexual e infantil, violaciones a los derechos humanos, torturas como las que ya hemos ido mencionando (con ácido para desaparecer el cuerpo, choques eléctricos, perros carnívoros que se comían las extremidades de la víctima a través de una reja a quienes debían dinero en la tan mencionada ‘Casa de pique’ en donde literalmente picaban a la gente infiltrada) a personas en las que simplemente no confiaban por ser una amenaza para la organización, así como la venta de estupefacientes.

Sobre este tema también nos habló Cristian desde su perspectiva y conocimiento del lugar. Llevaba mucho tiempo viviendo en el Bronx como para poder hablar de la estructura criminal, que hasta para ellos ya estaba bien marcada y que todos sabían que existía.

***Cristian:** Había dos grandes mafias que controlaban el Bronx. Una de paramilitares que llegaron al lugar, y otra, de los residuos del cartucho que aumentaron lo que ya antes había en el pequeño Bronx. Ellos tienen su seguridad interna. Seguridad que sirve para que las taquillas no sean asaltadas. Seguridad para disminuir el riesgo de que en un operativo se tomen grandes cantidades de las dosis y se tomen en captura a alguna de las cabezas de las taquillas.*

Cristian no quiso hablar de nombres porque dice que eso no lo tiene claro nadie. Que los cabecillas de esta organización que se movía en el Bronx tenían seudónimos como “Lalo”, “Eduardo”, “El Negro”, “Boyaco”. Ellos permanecían entre semana dentro del Bronx. Él asegura que la mayor parte del tiempo estaban allí. Entonces, ¿cómo es que cuando la Policía dice que van por los “cabecillas” extrañamente ahí si nunca estaban?

***Cristian:** Cuando iba a haber un operativo, ellos eran avisados 2 o 3 horas antes y, por eso, las autoridades nunca lograron una captura efectiva. Yo los he visto. Todo el mundo los ha visto. Ellos no son secreto para nadie, así como tampoco la lucha que existía por el control del Bronx.*

Las taquillas nuevas, como la del Mosco, contra la taquilla de Homero - una de las más antiguas-, se enfrentaron varias veces y lo hacían adentro. Todos sabíamos que había una fuerte lucha por el control total del Bronx. Pero en sí, nunca supimos exactamente quién quería tomar ese mando. Después de varios escándalos, se calmó la lucha y, al parecer, llegaron a un acuerdo en el que se iban a colaborar para el funcionamiento, porque, si seguían luchando por el poder, iban a terminar perjudicados todos, o por lo menos eso era lo que se rumoraba.

Antes de los operativos, se daba aviso para que desocuparan las máquinas tragamonedas que era donde generalmente se escondían las grandes sumas de dinero en efectivo y las “bombas” de las dosis, para que, cuando llegaran a romper, no encontrarán una gran cantidad. Al llegar el momento del operativo, ya estábamos listos. Realmente lo que encontraban era porque los taquilleros y los jíbaros querían vender hasta el último momento, hasta el último minuto.

Los que cogían con marihuana y bazuco era por garosos (ambiciosos) porque ellos ya sabían desde antes. Cuando llegaba la policía, salía todo el mundo alrededor el Bronx y delante de la mismos uniformados, se seguían vendiendo pero más caras.

Dentro de esta gran estructura, había un nombre muy concurrido, mencionado y reconocido entre todos. Los “Sayayines” -considerados como la “guardia” del Bronx-, siempre cubrieron sus rostros y portaban armas para saldar cuentas e intimidar, además de atemorizar a la gente del Bronx, ellos eran los encargados de secuestrar, asesinar, reclutar, prostituir y descuartizar. Eran hombres entre los 20 y 30 años exmilitares y expolicías conocedores del manejo de armas. Contaban con un experto en el uso del ácido - encargado de desaparecer cadáveres para no dejar rastro alguno-.

Según estadísticas de la Policía Metropolitana “Los Sayayines” eran una estructura de aproximadamente 50 hombres reclutados de Bogotá, Medellín y Cali y trabajaban por un sueldo mensual de 4 millones de pesos, en turnos de 24 horas. Su nombre fue adoptado de los dibujos animados japoneses “Dragon Ball Z” en donde “Los Sayayines” eran unos guerreros que pretendían conquistar y esclavizar planetas; objetivo muy similar al de los guardias del Bronx.

Por estos delincuentes, la Policía ha llegado a ofrecer hasta 3 millones de pesos a quien brinde información, para poder dar con el paradero de alguno. Se cree que tienen nexos con las fuerzas públicas del estado y por esto es tan fácil escabullirse de las autoridades.

Dentro de la información que tiene la Sijín sobre estos sujetos, se sabe también que eran contratados para asesinatos no solo en Bogotá sino en diferentes ciudades del país y cobraban entre 3 y 25 millones de pesos, dependiendo del objetivo.

Ariel Ávila, subdirector de la Fundación Paz y Reconciliación, afirma en su columna de El Tiempo titulada “*Guerra subterránea*”, del año 2015, que estos no trabajaban para un gancho en específico, sino para la olla madre. “Existía un total de 26 ‘ollas madres’; es decir, grandes zonas de consumo y venta de droga, como el ‘Bronx’, o en su momento El Cartucho o Cinco Huecos. Después de la intervención en El Cartucho, y más recientemente en el ‘Bronx’, el negocio de la droga comenzó un proceso de descentralización en el que las localidades empezaron a llenarse de pequeñas zonas de venta y consumo” (ellos -Los Sayas- brindaban vigilancia no solo en el Bronx, sino en las zonas expendedoras más

grandes que se desprendían de esta estructura, como la de Cinco Huecos o la del Barrio San Bernardino), además de prestar seguridad a los negocios aledaños, a los que les cobraban 6.500 pesos diarios.

Otro negocio a cargo de este grupo era el cuidado y el ingreso del licor y la droga, además de someter a las trabajadoras sexuales de cada gancho a que cumplieran con su mínimo de trabajo para pagarle su respectiva cuota a cada propietario de ellas, pues eran distribuidas por ellos mismos equitativamente para que cada gancho tuviera su propia ganancia a costillas de la explotación sexual no solo de mujeres, sino de niñas y niños, que eran administrados por los “sayas”.

El Bronx era un lugar en donde todo tenía precio, porque todo se compraba y todo se vendía. Un pequeño sitio de apenas tres cuabras en el que convivían la basura, el trago, la droga, la prostitución, las ganancias multimillonarias y la miseria humana.

Algunos consumidores entraban a la zona debiendo 100mil pesos y al final del día el triple o más de lo que debían inicialmente. Según el periódico El Tiempo en el artículo titulado *“El imperio del crimen en la olla más grande del país”*, del año 2016, en el expediente de la Fiscalía aparece el caso de una mujer que entró a consumir droga y, después de empeñar joyas y celular, terminó secuestrada. En la noche, la deuda que empezó al mediodía en 150 mil ya había subido a 300 mil. Como no tenía cómo pagar, se llamó a la familia y se le pidieron cuatro millones de pesos para poder sacarla. Si no, pues se moría, dijo un testigo. De estas extorsiones y rendición de cuentas, eran encargados los “sayas”.

Estructura criminal del Bronx - Bogotá

El modus operandi de las estructuras criminales de Bogotá es muy similar al de las estructuras criminales y paramilitares que operan en Medellín (Los Rastrojos) y Cali (Los Urabeños).

Encontramos a través del Portal Web de CableNoticias una de las notas tituladas “*Así operaba la estructura criminal del Bronx*” en el año 2016, la manera cómo se asignaban las funciones de la siguiente manera:

Jefe de la organización: Tenía el absoluto control del gancho. Bajo su mando se encontraba todo el personal. Suministraba recursos económicos para la compra de inmuebles, vehículos, armas de fuego y estupefacientes, y autorizaba el presupuesto para la compra de sobornos.

Subjefe de la organización: Hacía seguimiento minucioso a las finanzas, supervisaba el pago de empleados y de sobornos a las autoridades; la adquisición, compra y transporte de los estupefacientes, y la obtención de armas y explosivos para el personal de seguridad.

Administrador del territorio: Llevaba un control detallado del consumo de sustancias alucinógenas; recibía cuentas del administrador de cada línea y rendía cuentas al subjefe.

Administrador de una línea: Controlaba que los puntos de venta estuvieran abastecidos; recogía el dinero y ordenaba a los patinadores el transporte de alucinógenos de las bodegas a estos puntos.

Jefe militar: Era el encargado del control y el manejo del personal. Prestaba seguridad a los integrantes de la organización y al territorio donde tenían influencia criminal. Manejaba allí las armas y los explosivos, y distribuía al personal de seguridad, que eran los llamados “Sayayines”.

Sayayines: Eran los encargados de prestar la seguridad a los integrantes de la organización y a la zona en donde tenían influencia. Trabajaban en turnos de 24 horas y se les suministraban armamentos, municiones y explosivos.

Contador: Es la persona encargada de la administración de las taquillas y de hacer un balance entre la mercancía que se hacía para la venta y recogía el dinero producto de la

misma. Una vez recogía las cuentas, le entregaba el dinero al jefe de línea, encargado de rendirle cuentas al jefe del territorio.

Taquillero: Prestaba turno de 24 horas. Encargado de las ventas de sustancias directamente a los consumidores. Por el turno recibía un pago de entre 80 mil y 120 mil pesos, y respondía por la mercancía y el dinero que era entregado al contador.

Patinadores: Mantenía surtidos los diferentes puntos de venta. Recogía los estupefacientes, en dosis listas para la venta, de las bodegas o puntos de acopio y los trasladaba a las taquillas.

Moscas o Campaneros: Daban aviso de la presencia de las autoridades. Eran los encargados de poner en sobreaviso a cada taquillero del movimiento policial que se tenía afuera para, dado el caso, alcanzar a esconder las bolsas de dosis.

CAPÍTULO III

Cuerpo Técnico de Investigación CTI

La entidad encargada de realizar un seguimiento minucioso de lo que ocurría dentro del Bronx era el CTI. Se define como “una entidad de la rama judicial del poder público con plena autonomía administrativa, cuya función está orientada a brindar a los ciudadanos una cumplida y eficaz administración de justicia”. Es responsable de investigar los delitos que son demandados por la ciudadanía y acusar a los presuntos infractores ante los juzgados y tribunales competentes.

El CTI, está compuesto por dos ramas: División de Investigaciones (de la que se desprenden: Departamento de Investigación y Unidades de Apoyo Nacional; Departamento de Análisis Criminal; Departamento de Control Telemático y el Departamento de Seguridad y Apoyo Logístico), y la División de Criminología (compuesta por el

Departamento de Verificación de Identidad y el Departamento de Criminología y Laboratorios).

LA CICATRIZ DE LA DEGRADACIÓN

Dentro del CTI, hay grupos que se dedican a buscar personas que son reportadas como desaparecidas (Departamento de Investigación y Unidades de Apoyo Nacional). Normalmente siempre se buscan en lugares en donde se consume droga o aquellos espacios cercanos donde las personas transitan habitualmente.

A mediados del 2014, se presentó la denuncia de una madre desesperada por la desaparición de su hijo que llevaba cinco días sin saber de él. Su nombre era Mariela Hernández, una mujer de 40 años, cabeza de hogar.

***Mariela:** Todo sucedió un Jueves. Camilo se fue para el colegio. Cursaba séptimo de bachillerato. Últimamente lo veía más disperso. A diario llegaba a eso de las dos de la tarde, pero ese Jueves eran las 10 de la noche y no llegaba. Yo solo sentía rabia porque él quería hacer su santísima voluntad y eso me sacaba de casillas. Comencé a llamar a los compañeros del colegio, pero ninguno sabía de su paradero. Esa noche no pude dormir.*

A la mañana siguiente, fui al Colegio en busca de información. Pregunté a los vecinos y en las tiendas si lo habían visto, pero nadie sabía nada. No tenía ni idea de qué hacer. En ese momento todo el enojo que tenía se transformó en preocupación, miedo y angustia. Mi corazón de madre sentía que algo andaba mal. Ustedes no se imaginan el dolor que tenía por no saber el paradero de mi muchacho. Era un vacío que hoy en día no puedo explicarlo.

Estuve esos días con el rosario en la mano, deseando y pidiendo a Dios que me ayudara a encontrarlo. Él no era de los que no llegaban a la casa. Me aconsejaron ir a la Fiscalía a poner la denuncia. Ustedes saben que esas entidades son una mentira, pero igual fui.

Quizá me pondrían más atención porque él era menor de edad. Llegué a las 9 de la mañana a poner la denuncia.

En un principio, en vez de sentirme apoyada y cuidada por los de la Fiscalía, me sentí una criminal que se estaba entregando por voluntad propia. Me preguntaron tantas cosas, que ahorita ni me acuerdo. Le ponían más atención a quién era yo, que a lo que estaba pasando con la vida de mi pequeño. Cuando les dije que él llevaba cinco días desaparecido, ahí sí se vieron interesados en preguntarme sobre él y ayudarme a encontrar su paradero, luego de casi 50 minutos de interrogatorio.

Me dijeron que iban a iniciar la búsqueda ese mismo día. Lo último que me preguntaron, ya para irme del lugar, era que si mi hijo era drogadicto. Eso le parte el corazón a cualquiera. Yo ni siquiera pensé, desde la primera noche, en que él pudiera estar en esos lugares de mala muerte. Me aclararon que era una pregunta de rutina y que no significaba que él estuviese allá. Simplemente querían aclarar esa “pequeña” duda.

Salí aún más preocupada de allá. Los peores pensamientos los tuve justo cuando crucé por esa puerta. Solicitaron que estuviera muy pendiente de mi celular para que me tuvieran al tanto de los indicios que encontraran sobre él.

“Nosotros iniciamos la búsqueda urgente, pues era menor de edad. Fuimos al Bronx, ya que ellos vivían por la Localidad de Los Mártires, en Bogotá. Hacía parte de la rutina ir al lugar y, además, ya lo habíamos hecho varias veces para otros casos. Quizá el niño estaba allí” dijo el Exdirector del CTI, Julián Quintana.

Esta madre –en medio de su dolor y angustia por encontrar a su hijo- logró hacer contacto con una persona del Bronx que se hacía llamar “Arepa”.

Cuando me preguntaron si mi hijo consumía drogas, yo me quedé pensando en eso todo el día. Me encontré con un vecino cuando iba llegando a la casa y, en medio de mi inocencia, le conté todo lo que los de la Fiscalía me dijeron, pero le di mucha más importancia a la última pregunta. Él me dijo que conocía a uno de los del Bronx porque tenía pagarle una cuota diaria para que cuidaran su negocio. Que la persona se apodaba “Arepa”. Que lo

dejara hablar con él al día siguiente para saber si yo podría tener contacto personalmente. Y así pasó.

Al siguiente día fui al local de mi vecino, y le pregunté, ansiosa, si “Arepa” había aceptado hablar conmigo. Me dijo que sí, que me estaba esperando en la entrada de la L. Que estaba vestido de chaqueta y pantalón de jean con una pañoleta negra cubriendo la mitad de su rostro, y que no le mostrara nervios de nada.

Lo menos que me preocupaba en ese momento era demostrarle nervios. Yo quería encontrar a mi hijo y el sentimiento de madre me ayudó a llenarme de mucho valor para hablar con esa persona.

Al llegar al encuentro, le dije que yo estaba buscando a mi hijo. Le mostré una foto que llevaba conmigo. “Arepa” me aseguró que había entrado con unos amigos el Jueves de la semana pasada en la tarde-noche y que iba en busca de droga. Me dijo que con tantas personas que entran y salen del lugar, era muy difícil confirmar si todavía estaba ahí y menos si habían pasado tantos días. Yo le decía, llorando, con la foto entre mis manos y rogándole, que por favor me dejara entrar para buscarlo. Pero me respondió que era muy peligroso porque yo no iba a consumir sino a buscar a alguien. Y que al que ven analizando allá dentro, empieza a ser un sospechoso.

Ella les dio la información que logró obtener a los investigadores del CTI encargados del caso. La primera hipótesis era que el niño estuviera en esa zona y así fue. Esto significaba que los agentes del CTI fueran al Bronx a hablar con “Arepa” para esclarecer el caso.

Andrea había estudiado en una importante Universidad de la capital y hacía aproximadamente tres años trabajaba para el CTI. Su historia, como la de muchos colombianos víctimas del conflicto, no le impidió salir adelante en su vida profesional.

Tenía 18 años cuando en Villavicencio, en una de las zonas más adineradas de allí, llegaron los paramilitares a disparar a quemarropa a todo el que se atravesara, pues, si llegaban a ver a un ciudadano hablando o interactuando de cualquier forma con la guerrilla, moría. Y así fue. Su padre murió a manos de los paras. Nadie nunca hizo nada. No hubo culpables. Fue

como si nunca hubiera pasado nada. Como si nunca hubiese muerto nadie. Al menos no alguien que fuera importante. Solo que para Andrea y su familia sí lo era.

Andrea solo supo llenarse de valor entre tanto rencor y dolor. Su madre fue el principal y más importante apoyo luego de la muerte de su padre. Decidió llegar a la capital para estudiar lo que su padre tanto le recalca para ser alguien en la vida: *“Hija, tú serás una gran abogada. Defenderás a los más vulnerables. Serás el orgullo de mi corazón y el de tu madre”*. Esas palabras fueron el motor para ejercer la abogacía.

En el ejercicio de su carrera, quiso especializarse en Derecho Penal. Sus calificaciones sobresalían en su clase. Esto hizo que uno de sus profesores la recomendaran en una de las entidades más importantes del país y de la que era muy difícil hacer parte. Tenía 25 años cuando oficialmente pertenecía al Cuerpo Técnico de Investigación CTI.

Cuando su familia supo que trabajaba para esta entidad, sintieron temor. Principalmente porque los casos que se manejaban allí eran muy peligrosos: encontrar cabecillas de la guerrilla o de los paramilitares, investigar violadores, asesinos... Sin embargo, se recordaban continuamente que para eso se había preparado Andrea. Para defender a quienes lo necesitaban, o al menos para hacer justicia a las víctimas que habían sido lastimadas tanto física como psicológicamente por malhechores.

Por otra parte, Carlos se preparó como Investigador Social, ya que encontraba en esta organización el punto clave para que su carrera tuviera éxito. Su fascinación por lo desconocido, por analizar qué pasaba en la mente de personas que agredían violentamente a otras, muchas veces le quitaba el sueño. Prefería leer cada caso que le asignaban minuciosamente.

Desde pequeño le gustaba ver el programa CSI. Se visualizaba como el mejor investigador del país, como el justiciero que iba a defender a los más necesitados a través de su experticia. Como la persona a la que iban a recurrir para solucionar los problemas que tuviesen que ver con investigación. Y lo cumplió. Al menos trabajar para el CTI. Eso, de alguna forma, lo hacía sentir subiendo escalones de a poco en su más preciado talento.

Carlos, junto a su esposa y sus dos hijos, vivían al noroccidente de la ciudad de Bogotá. Cuando su familia supo que Carlos trabajaría para el CTI, el miedo fue lo primero que sintieron en su corazón. Sin embargo, él ya tenía historial de trabajar en todo el tema de investigación, principalmente en casos que eran sobre muertes y desapariciones. Así que lo que supo hacer él fue tranquilizarlos diciéndoles *“no se preocupen, todo estará bien. Yo amo mi profesión. Tendré mucho cuidado. Cuando las cosas se hacen con amor, nada puede salir mal”*.

Ellos, Andrea y Carlos, eran los responsables de encontrar al niño. Un caso más, un caso menos.

Andrea: Nos fuimos en taxi para no prevenir a las personas del Bronx con el carro remarcado de “CTI”. Estábamos vestidos con ropa de diario. No quisimos irnos con el uniforme. Lo que teníamos como identificación era el carnet con la foto, el número de cédula, el cargo y el tipo de sangre. Yo me bajé primero para ir a preguntarle por Alias “Arepa” a uno de los “guardias” que estaban en la entrada de la L. Carlos se quedó en el taxi esperando mi señal, si, llegado el caso, nos dejaban entrar a buscar al niño. El guardia fue a preguntar por “Arepa”. No sé qué pasó. Un tipo se acercó a mí, me agarró del brazo y me empezó a decir, a regañadientes:

-“Malparida perra, usted para qué viene, ¿ah, hijueputa?”, mientras me entraba a la fuerza a una casa que olía a heces y a golpe de ala, mezclado con alcohol y marihuana. Me quitaron mis papeles, mi celular. Todo.

Carlos: Antes de que Andrea se bajara del taxi, organizamos cómo podría ser el ingreso y creímos que quizá nos iban a preguntar de qué empresa o institución veníamos. Teníamos que decir que éramos del CTI, pero que solo queríamos saber si el niño estaba en ese lugar y que su madre estaba desesperada buscándolo. No le vimos ninguna gravedad. Después de todo eran solo habitantes de calle. Ella quiso ir primero, porque normalmente con las mujeres son más condescendientes y, si iba yo, quizá veían alguna amenaza.

Andrea, luego de solicitar verse con “Arepa”, me miró con sus impactantes ojos azules y, con esas pequeñas manos delicadas y muy femeninas, me hizo señas para yo bajarme del taxi y hablar con él sobre el paradero del niño. La seguí con la mirada mientras ella

contoneaba su largo y castaño cabello que ese día llevaba suelto. No era usual verla así. Cuando portábamos el uniforme, siempre lo llevaba bien recogido. La vi hablar con uno de los guardias.

Todo iba normal. Vi al guardia alejarse y ella volteó nuevamente hacia el taxi, como dándome su aprobación de que “Arepa” ya nos iba a atender. Enseguida, bajé la mirada para escribirle a mi jefe que efectivamente Andrea ya había hecho contacto con uno de los de la L, y que estábamos esperando a que “Arepa” saliera, y más adelante le iba a estar escribiendo para ponerlo al tanto. Pero, cuando devolví mi atención hacia el lugar, Andrea ya no estaba. El taxista me dijo que unos tipos la habían entrado a regañadientes del brazo. Todo fue cuestión de segundos. Yo no sabía qué hacer.

Dos tipos llegaron por la parte de atrás del taxi. Golpearon en la ventana y yo la bajé para saber qué querían. Me preguntaron si conocía a Andrea. Mientras asentía con la cabeza, le quitaron el seguro a la puerta, la abrieron y me pidieron que los acompañara. Cuando me bajé, me agarraron fuerte de los brazos, al tiempo que me preguntaban que yo “para qué hijueputas iba al Bronx”, al tiempo que me arrastraban hacia el interior de la L. No me dejaban hablar. Simplemente me decían una cantidad de groserías que yo nunca había escuchado. Me entraron a una casa obligado, me quitaron mis papeles y el celular, subimos dos pisos por las escaleras y, cuando llegamos a un cuarto, vi a Andrea amarrada de pies y manos a una silla. Ella no paraba de llorar, en tanto a mí me ataban a otra silla.

Nos torturaron psicológicamente. Dijeron que nos iban a quitar los dedos uno por uno. Que nos pondrían cuerdas en el cuello y las jalarían hasta ahogarnos. Al tiempo que un revólver en la frente de cada uno amenazaba con quitarnos la vida, ellos gritaban:

- “¿Por qué están aquí? ¿De dónde vienen, malparidos hijos de puta? ¿Van a intervenir el Bronx entonces, maricones? ¿Cuál es la inteligencia que están craneando? ¡Hablen, hijueputas, o los matamos!”-

Vimos cómo organizaban unos bombillos, cables, baldes de agua y amenazaban con electrocutarnos, mientras ponían los cables amarrados a nuestras piernas. Mi corazón

estaba muy acelerado; mi cerebro no alcanzaba a captar lo que sucedía. Estaba casi inconsciente.

***Andrea:** Fueron alrededor de 57 horas de sufrimiento, de torturas. Estábamos a la de Dios. Nadie nos podía ayudar y nosotros solo sabíamos decir que estábamos buscando al niño que llevaba ya ocho días desaparecido. Que queríamos hablar con Alias “Arepa”, porque la mamá del niño había hecho contacto con él. Ellos no nos creían, pero esa era la única verdad. No entiendo por qué hablaban de una intervención el Bronx o de la inteligencia que según ellos, estábamos armando. Para ese momento, nosotros sólo considerábamos ese lugar como un espacio en donde estaban únicamente habitantes de calle.*

Aún recuerdo el tan eterno forcejeo para poder entrarme a esa casa. Me arrastraron por el piso. Mi ropa estaba muy sucia; olía terrible. Estaba inconsciente cuando empecé a sentir que me estaban soltando las manos y los pies, y yo escuchaba:

-“Si la volvemos a ver por aquí, la matamos a usted y a su familia. Sabemos perfectamente con quién vive”-

Me dejaron salir de ahí, y mi primer destino fue la oficina del CTI. En el camino, no paraba de pensar en mi compañero. Cada facción de su rostro se me venía a la mente. No sabía si ese sería el último día viéndolo con vida. En mi cabeza, solo rondaban sus expresivos y profundos ojos cafés con los que lograba descifrar a la gente y hacer que cualquiera pudiera confiar en él; su muy bien cuidado cabello, que parecía nunca moverse de su habitual posición, y su sonrisa que cautivaba y daba alegría a todo aquel que lo conocía. Mi cerebro solo maquinaba que ese ser humano tan maravilloso se había quedado soportando más torturas y con la muy leve esperanza de salir con vida de ese atroz lugar. Yo solo quería irme y hablar con la primera cara conocida que viera del CTI y que estuviera al tanto del caso que yo tenía a cargo. Necesitaba poner en sobreaviso a mis superiores. Carlos necesitaba ayuda urgente.

Cuando llegué a la Institución, me derrumbé en llanto. Organizaron una reunión de carácter inmediato con mis superiores. Yo no coordinaba nada de lo que decía, ni cómo lo decía. Solo recuerdo mencionarles que nos habían amenazado, que casi nos electrocutan,

que nos ahogaron con cuerdas y que nos ponían pistolas en la cabeza para obligarnos a decir la verdad por la que estábamos allá. Todos estaban en silencio y yo llorando les decía que Carlos se había quedado, que no sabía si lo iban a soltar o si lo iban a matar (si es que ya no estaba muerto). Que ellos se habían quedado con nuestros papeles y que ya sabían con quiénes vivíamos. Si llegábamos a decir algo, nos mataban y también a nuestras familias.

Carlos: *Llegué a la Fiscalía tres horas después de que soltaron a Andrea. Me dijeron lo mismo: Si decía algo, mataban a mi familia y a mí. Me reuní con ella. Ambos estábamos muy afectados por lo que había sucedido. Andrea logró una reunión con los superiores de la Fiscalía, pero, para ese momento, el Director del CTI no había llegado todavía. Le dije que el primero que debía saber lo que nos había pasado era el Director. Esperamos una hora, aproximadamente, aunque los superiores ya sabían lo ocurrido.*

Julián Quintana: *Andrea y Carlos me informaron absolutamente todo, en medio de su afectación. Pero yo hice una reflexión internamente: “Este tema del Bronx no debe ser cualquier cosa. Que los hayan secuestrado y torturado es porque no son solo habitantes de calle los que viven en ese lugar. Ahí debe haber una red criminal mucho más grande que un simple expendio de droga”. además, “no podemos permitir que el mensaje a la ciudadanía sea que son secuestrados agentes del CTI y no pasa absolutamente nada. No podía pasar esto por alto; la intervención debe ser inminente”.*

Comenzamos a desarrollar las labores de investigación: lo primero fue contextualizar todas las indagaciones confirmadas que había del Bronx. Encontramos que cada una estaba muy aislada. Sin embargo, la trata de personas, tráfico de drogas, armas y extorsiones era en lo que más convergían las investigaciones hasta el momento.

Con ese contexto obtenido, tratamos de entender todas las pistas para darle sentido a la intervención. Programamos reuniones técnicas con todos los fiscales y esa argumentación que ya había dentro de las indagaciones nos sirvió para poder comprender el poder que tenía la organización que estaba al interior del Bronx. Nos dimos cuenta de que tenían el paraíso de la delincuencia a su merced.

Con las líneas de investigación definidas, desciframos qué era lo que sucedía en el Bronx y, junto con la Policía y la Dirección Nacional de Inteligencia, en el año 2014 decidimos infiltrar gente al interior del Bronx para conocer quiénes eran los que mandaban y, de paso, quiénes habían secuestrado y torturado a los agentes del CTI.

Iniciamos la cadena de información en el Bronx: ¿quiénes eran?, ¿cómo actuaban?, ¿cómo manejaban el dinero?, ¿cómo era la detección y venta de la droga?, ¿quiénes eran las personas encargadas de la seguridad?, ¿cuáles eran los bienes inmuebles de estas personas? toda esa información, día tras día, se les entregaba a los fiscales.

Tuvimos una estrategia muy buena y fue la interceptación de comunicaciones: el antes y el después. Cuando comenzamos con las líneas investigativas, entendimos qué era lo que pasaba adentro. Los agentes infiltrados prestaban turnos de seguridad. En el cambio de turno, se iban del sector y llegaban a la Fiscalía para dar la información obtenida. Pero si no podían, eran entrevistados muy cerca del sector: entregaban audios y videos. Por supuesto, todo a escondidas.

De los que estaban siendo buscados no había ninguna información personal, sino únicamente sus apodos. Entre tantas reuniones para saber cómo obtener los nombres de estas personas, sin que ellos se dieran cuenta. La idea era que quienes estaban infiltrados les entregaran un objeto específico que obtuviera con solo el primer contacto, las huellas dactilares de cada persona (objeto que fue recomendado por un experto en criminalística. Ellos más que nadie, entienden la importancia de capturar huellas digitales para identificar personas).

De la obtención de estas huellas, dependía poder definir cómo se llamaba esa persona, quién era, de dónde venía, qué hacía (al menos legalmente) y cuál era su pasado. Una vez tuvimos las huellas, las llevamos al Laboratorio de Dactiloscopia de la Fiscalía General de la Nación, para conocer detalladamente toda la información acerca de cada persona.

Identificamos a muchas personas. De lo contrario, hubiera sido imposible este trabajo de inteligencia. Duré más o menos un año, hasta que tuvimos claro el orden estructurado al interior del Bronx. Pero encontramos el primer inconveniente: sabíamos que la

intervención del Bronx no podía ser una intervención aislada, y mucho menos frente al fenómeno social que se estaba dando allí.

Además, pudimos identificar que realmente los habitantes de la calle eran esclavos de esta organización y que los utilizaban como escudos humanos, para que la Policía y las autoridades no prestaran tanta atención a la zona. Y, por el contrario, se determinara que era un problema social y no un problema de delincuencia organizada.

En esencia, el Bronx viene de los retazos que quedaron de la olla del Cartucho, porque muchas de esas personas emigraron. Y no estoy hablando del habitante de calle, sino de los que controlaban el sector. Ellos, inclusive, les daban alimentación invitándolos a que formaran ese nicho en la calle del Bronx, a punta del consumo de estupefacientes y de la falsa promesa del dinero fácil.

Pero, además, existe un fenómeno paramilitar que se fortalece cuando se posiciona Álvaro Uribe Vélez como Presidente de la República. Tras la firma del Acuerdo de Paz con los paramilitares y la desmovilización de este grupo al margen de la ley, se percibe la presencia de grupos disidentes en el centro de la capital.

Bogotá, desde hace mucho tiempo, viene presentando un problema grave de violencia. Durante décadas el centro del país ha recibido desmovilizados que el gobierno no ha podido reinsertar efectivamente y son muchos de ellos los que terminaron inmiscuidos en el microtráfico y en la delincuencia común, pero, debido a que decenas de excombatientes venían de un entrenamiento físico y psicológico -basado en cierto régimen-, tuvieron la firme convicción de no dejar perder su esencia y así se adueñaron de la olla del Bronx.

De allí vienen los diferentes ganchos que eran la combinación de las personas que tenían dominio de El Cartucho con el nuevo régimen paramilitar. Crearon y forjaron en el lugar -a través de acuerdos en los que respetaban su “rancho”, su calle-, unas fronteras invisibles en las que un gancho no se podía meter en el negocio del otro. La zona no era solamente de habitantes de calle. Se fortaleció de este modo, el control sobre quienes concurrían la zona. Consumidores, comerciantes, entes estatales, jóvenes con sed de experimentar la adrenalina de lo prohibido. Todos empezaron a ser los sublevados por esta organización.

Necesitábamos un plan para darle atención no solamente al habitante de calle, sino también a las niñas y niños que estaban siendo prostituidos por esta organización. El problema era la filtración de información porque, además, había corrupción al interior de la Policía. Incluso había policías que estaban trabajando con la misma organización, y esta les daba una mensualidad por aparentar vigilancia y control en la zona. Eso lo pudimos determinar con los agentes encubiertos.

No era fácil hacer una intervención y tomarlos por sorpresa. Decidimos que el acompañamiento de las autoridades debía ser algo progresivo, para que no hubiera filtración y más bien la intervención se ajustara a algo que era muy complicado. Poco a poco comenzamos a contarles a las diferentes autoridades.

Lamentablemente, la visión de la alcaldía de Gustavo Petro era muy diferente. Ellos pensaban que la intervención no se debía dar y que la línea que se tenía que implementar allí era la atención al habitante de calle, mediante educación, rehabilitación y recreación. Olvidaban un poco que al interior de esa cortina existía una gran organización delincinencial, que todos los días estaba cometiendo infinidad de actos atroces: asesinatos, torturas, secuestros, extorsiones y actos inimaginables. Mientras tanto, las autoridades no estaban haciendo nada. Ellos no apoyaron la intervención y, ante esa decisión, para la Fiscalía era muy complicado ingresar al sector, porque no teníamos el apoyo de la Alcaldía y mucho menos de la Policía Nacional.

Continuamos con la investigación. Recuperamos información muy importante. Cuando llegó a la Alcaldía Enrique Peñalosa, yo mismo hice contacto con el alcalde y él delegó al Secretario Daniel Mejía, quien llegó mi oficina, en la que me encargué de mostrarle todo el trabajo que habíamos hecho a lo largo de un año. Se lo mostré con evidencias: fotografías de las personas, la estructura ya identificada, cuáles eran los antecedentes de cada uno, a qué se dedicaban dentro de la organización, quiénes eran los jefes; videos de seguimientos, de niños maltratados, de niños prostituidos, de turismo sexual y de policías corruptos.

Ya teníamos toda la información en nuestras manos y yo me dediqué a tratar de convencer al Secretario de Seguridad de la importancia de que las autoridades tomaran una decisión

frente al Bronx. Yo siempre le dije a mi equipo de trabajo que con esto no garantizaríamos que la estructura se fuera a terminar, pero, por lo menos, era un paso muy importante: estábamos impactando al centro de mayor acopio de droga y de consumo del país.

Daniel Mejía le dio luz verde a la operación y, con esa misma prerrogativa, se dijo que la información no se debía filtrar, porque necesitábamos que la intervención lograra sorprender a la organización. Poco a poco empezamos a conformar el equipo de trabajo: Secretaría de Integración Social, Secretaría de Seguridad, ESMAD, Policía Nacional y Metropolitana y fundaciones en pro de los derechos humanos.

Cuando ya se tuvo armado todo el protocolo de atención al habitante de la calle, a los niños e, incluso, a las mascotas, realizamos la gran intervención que ya ustedes conocen.

Se utilizaron más de 1000 hombres de la Policía Nacional. Finalmente nos dimos cuenta de que los horrores del Bronx eran más de los que nos habían contado los agentes encubiertos y logramos corroborar que todo eso que nos estaban diciendo era real.

Muchas personas de las autoridades fueron escépticos frente a la información que yo les di al principio. Yo sabía quién mataba a la gente. Además, las enterraban en el suelo – a dos o tres metros bajo tierra-, les echaban cemento a los cuerpos y no pasaba nada. Muchos no creían y después, cuando encontramos los primeros cuerpos, fue cuando comenzaron a darle credibilidad a lo que decían nuestros agentes encubiertos. Incluso ese día encontramos a una persona secuestrada y la rescatamos.

Eso evidenció que allí existía una organización que tenía un poder grandísimo, y que se encontraba a tan solo unas cuadras de las principales entidades del Estado, situación que no se podía permitir y menos en la capital del país.

A nivel operativo hubo unos resultados importantes. Se capturaron cabecillas y algunos sayayines. Incautamos droga, rescatamos niñas y niños, se le dio atención al habitante de calle y se le hizo, también, extinción de dominio a todos los bienes inmuebles del sector que estaban destinados a las actividades ilícitas.

Obviamente, falta mucho. Yo dejé en la Fiscalía un plan donde se ejecutaba una segunda fase de intervención del Bronx -porque muchos de los cabecillas lograron huir ese día por

medio de esos túneles que ni siquiera sabíamos que existían-. Tuvimos información de que estaban en Pereira; otros, en Venezuela. La idea era seguir trabajando para poder capturar a los líderes de la organización, antes de que llegara la segunda intervención. Yo le insistí a la Policía Nacional que impactar en el Bronx implicaba la expansión del fenómeno criminal a las periferias de la ciudad, cosa que está pasando.

Sectores como San Bernardo, San Benito, Ciudad Bolívar y Soacha son ahora los lugares en los que están surgiendo ollas delincuenciales e, incluso, muchos de los asesinatos que se dieron por esos días -según lo que nosotros pudimos monitorear desde el principio en comunicaciones-, eran la evidencia de que estos mismos cabecillas se estaban peleando los territorios para poder vender drogas allí y eso lo sabía la Policía Nacional.

Yo renuncié y no sé qué habrá pasado con esa línea de investigación. Lo que sí es cierto es que hay que seguir trabajando la intervención del Bronx. Yo siempre he dicho que esta intervención era el inicio del final del Bronx. Esa es la cuota inicial. Hay que seguir investigando todo.

CAPÍTULO IV

LA HORA CERO

Julián: *Todos estábamos reunidos: CTI, Policía Nacional, Metropolitana y Ejército Nacional. Nos encontramos en el Club de Suboficiales que queda por la Calle 26. Para ese momento, cada entidad sabía cuál era el objetivo: a dónde teníamos que llegar, qué teníamos que hacer y qué punto íbamos a allanar.*

Eran las 4:00 am. Ya todo estaba listo. Teníamos que entrar al lugar hacia las 6:00 am. En esa hora estaban los guardias: los trabajadores que entraban y los que salían del turno. Esa era la hora cero.

Estábamos minuciosamente organizados por escuadrones. Ya se había pensado hasta en el más mínimo detalle: cómo tratar a los habitantes de calle, cómo atender a los niños que estaban allí dentro, cómo reaccionar si se presentaba un enfrentamiento, etc. Era primordial el comportamiento de las autoridades. Llevábamos un golpe contundente y la idea era no dejarlos reaccionar.

Íbamos a tener que dar de baja a algunas personas, y concientizamos a todos los participantes de la toma. “Fue una operación integral, tuvimos 350 miembros del CTI y 12 fiscales especializados, 2.250 policías de grupos de operaciones especiales y 320 hombres de la Brigada 13 del Ejército Nacional, la Fuerza Aérea nos ayudó con fotos satelitales y un helicóptero. Además tuvimos 120 funcionarios del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, 80 de la Secretaría de Integración Social y 60 funcionarios de la Secretaría de Salud”, dijo el subsecretario distrital de Seguridad, Daniel Mejía a El Tiempo.

Todos iban con sus chalecos antibalas, como correspondía íbamos con todo tipo de armas, fusiles de largo y corto alcance. Estábamos preparados, porque realmente esperábamos un enfrentamiento a muerte. Sabíamos que el lugar estaba controlado por personas muy peligrosas dispuestas a lo que fuera por defender su territorio.

Después de haber entrado armados hasta los dientes, empezó el trabajo duro. La primera sensación que tuve tras poner un pie en este sitio fue la degradación del ser humano. Había tapetes de personas drogadas y muertas y, al parecer, no les importaba mucho. Para ellos no había diferencia entre ellos y los cadáveres. Ellos estaban muertos en vida. No les importaba si hacía frío, si tenían hambre, si estaban sucios. No les importaba nada. Ver hasta dónde puede llegar el ser humano por el consumo de la droga es impactante.

Otra situación que nos impactó fue la trata de personas en cuanto a menores de edad. Llegaban a cobrar por los servicios sexuales de una niña virgen entre 3 y 5 millones de pesos. Cuando las volvían adictas, la explotación sexual se reducía, ya que lo que necesitaba la afectada era conseguir para la dosis. Encontramos niños entre los 7 y los 15 años y, cuando rescatamos a estas pequeñas criaturas, muchas parecían que no hubieran visto la luz del sol en al menos un año. Fue aterrador.

Estaban en las condiciones más deplorables en las que puede estar un ser humano: prácticamente semidesnudas, inconscientes de su estado y sin recordar quiénes eran, de dónde venían, en dónde estaban, ni mucho menos qué les había pasado. “Ella era una niña víctima del desplazamiento forzado cuya madre había tenido que dejarla bajo el cuidado de una mujer, quien, se supone, la iba a poner a trabajar. La menor terminó vendida a una red que opera en el ‘Bronx’, en marzo de 2014, como parte de pago de una deuda de microtráfico”, contó el Concejal de Bogotá Diego Molano en su columna titulada “El Bronx: república independiente del crimen”, en el año 2016, para la Revista Semana.

Fue impresionante descubrir la manera como vivían, como se alimentaban. Todo fue muy chocante para nosotros.

En cuanto al tráfico de drogas, eso sí fue normal; eso es a lo que uno ya estaba acostumbrado durante toda labor de investigación de este caso.

Fueron aproximadamente tres días haciendo la toma del lugar. Tan solo ese día hicimos 27 allanamientos.

No queríamos gente muerta. Cuando entramos, no tuvieron tiempo ni de reaccionar: no hubo un solo disparo, ni una sola persona herida y eso fue algo positivo en este operativo, teniendo en cuenta las condiciones adversas que teníamos frente a esta organización que estaba estructurada, y que estaba dispuesta a defender el sector con armamento. Pero aun así, sabiendo a lo que nos estábamos enfrentando, decidimos tomar esos riesgos.

En la ponderación que hicimos era más importante retomar el control por parte de las autoridades en el Bronx, a que estos siguieran delinquiendo. Por ende, la toma del lugar era una decisión que teníamos que tomar sí o sí, a pesar de las consecuencias.

Toda la estructura criminal que se movía en el Bronx la teníamos completamente identificada. Incluso ese día de la intervención llegamos con 22 órdenes de captura. Nos faltaron muchas personas por apresar. Obviamente, esas órdenes deben estar vigentes hoy en día. Pero eso es un tema que aún necesita de mucha investigación y, por lo mismo, se dificulta más.

Hay que identificar las ollas que se crearon a raíz de la toma, porque la estructura sigue con la misma modalidad y la idea es atacar realmente el corazón y la base de esta organización.

La estructura giraba en torno al narcotráfico, y eso sí es algo que siempre se tuvo claro. Al interior de estas calles ocurría todo tipo de delitos, pero el eje central de todos los problemas siempre fue la venta y el consumo de droga. Además, por la vida que se llevaba en el Bronx era algo necesario: nadie vive en tan precarias condiciones en sus cinco sentidos.

El ambiente se prestaba para todo y sus cabecillas se establecían en otros negocios que sonaban muy atractivos, como, por ejemplo, la prostitución, la droga, el tráfico de armas y la corrupción que antes de la intervención encontramos: personas de la Policía que estaban de turno en el CAI de San Victorino y que eran pagos por esta estructura para que nadie dijera nada. Pagaban por el silencio.

Según el Portal de El Espectador en el artículo titulado “Otros 30 policías serían capturados por vínculos con mafia del Bronx”, del 2016, los policías son señalados de tener vínculos con la banda delincuenciales ‘Los Sayayines’, la cual les entregaba dinero a diario a los uniformados a cambio de que permitieran la venta de estupefacientes, la presencia de menores de edad en el peligroso lugar, el consumo de drogas, secuestro, torturas y hasta la prostitución infantil.

Además de una de las tantas historias que contó El Tiempo en el 2016, titulada “El coronel que está en la mira por vínculos con mafias del ‘Bronx’”. Un hombre que le habría quedado debiendo dinero a los ‘Sayayines’ huyó del ‘Bronx’. La persona fue capturada por dos policías que lo esposaron y, en lugar de llevarlo a la estación de Policía o a la Fiscalía, lo devolvieron al ‘Bronx’ y lo entregaron a los ‘Sayayines’. Al parecer, esta persona murió. No se volvió a saber de él”.

Si no se vende droga, no hay dinero para corromper a los policías. Así que toda esta red criminal ha girado alrededor del delito y del tráfico de estupefacientes.

Julian: Aún recuerdo, como si hubiese sido ayer, el 28 de mayo de 2016, cuando entré a ese fétido lugar. He estado en muchos casos, pero por mi mente nunca pasó que lo que encontramos ese día fuera posible verlo en la vida real y no en una de esas tantas malas pesadillas que he tenido siempre después de empezar cualquier caso.

Yo creo que se hubieran podido incautar muchas más cosas, si la intervención se hubiera hecho con más prontitud. Tal vez se advirtió mucho por parte de las autoridades del Distrito de la toma.

Y es que, cuando llegó el Secretario de Seguridad de la Alcaldía, Daniel Mejía, les anunció a muchos medios de comunicación sobre la intervención. Siempre que los periodistas preguntaban “¿qué pasaba en el Bronx?”, la respuesta de él fue “vamos a intervenir” y, cada vez que salía algo así en los medios, las personas que estaban al interior del Bronx comenzaban a sacar sus armas y abandonaban el sector por un tiempo.

Entonces, como la intervención estaba más que cantada (confirmada), ellos ya estaban preparados y, si no tuviéramos que haber esperado un año al cambio de administración de Gustavo Petro, que nunca nos quiso apoyar, y si no hubiéramos tenido que esperar diez meses en la Alcaldía de Peñalosa para que nos creyeran, posiblemente se habrían encontrado muchísimas más evidencias y hubiéramos desarticulado más la estructura criminal.

CAPÍTULO V

RETRATOS DE LA CALLE

Queríamos conocer más testimonios. Encontramos y conocimos las razones por las que personas vulnerables, siendo tan solo niños, son expuestas al desarraigo sentimental (tanto familiar como conyugal), enfrentando la realidad de la peor forma. Ese es el principal

motivo por el que llegan a lugares como “El Samber”, “El Cartucho” y “El Bronx” - espacios en los que soportan cualquier cantidad de horrores, sensaciones y pensamientos que ellos describen minuciosamente en este capítulo-.

El Instituto Distrital para la Protección de la Niñez y la Juventud, IDIPRON, nos facilitó el contacto con exhabitantes de calle, pues este instituto estuvo presente en la intervención realizada en 2016 a El Bronx, para que el habitante de calle decidiera, voluntariamente, rehabilitarse y tomar una serie de cursos académicos para salir adelante.

Estábamos a la expectativa de lo que enfrentaríamos en ese momento. Programamos el encuentro con el jefe de prensa del Idipron, Walter Barbosa, a las 10 de la mañana en la Estación “Hospital” de Transmilenio. Cuando nos encontramos con él, nos señaló el lugar. La Unidad estaba renovada. En el patio instalaron una cancha de microfútbol sintética, quitaron un muro y pusieron una reja para dividir la cancha del gimnasio (como los que están instalados en diferentes parques públicos de la ciudad).

Las paredes ya eran solamente de los dos colores que corresponden a la Alcaldía de Enrique Peñalosa: blanco y azul aguamarina. La energía se sentía positiva, se irradiaba tranquilidad y bienestar. Y la actitud de los muchachos era muy amigable: sociables y dispuestos a contarnos su historia.

Jonathan tiene 28 años. Es un malabarista proveniente de Medellín. Está terminando el bachillerato. Va en décimo y en diciembre de este año pasa a once. Trabaja en el Departamento Administrativo de la Defensoría del Espacio Público de Bogotá, DADEP. Incentiva a las personas a buscar espacios adecuados para el comercio, ya que hay algunos lugares que son recuperados en la ciudad.

Hay vendedores ambulantes que no permiten que los desalojen de la zona en donde están ubicados y personas como Jonathan se encargan de llegar a un acuerdo con ellos. Ha estado en Corabastos haciendo operativos. Luego estuvo en la “Zona T”, Calle 85 con Carrera 15 y el Centro Administrativo Distrital CAD, por al Avenida 30. El último turno consistió en recoger las vallas que son usadas para toda la zona de San Victorino y que en este lugar las personas puedan transitar bien, ya que, al ser espacio comercial, la aglomeración de personas, tanto vendedoras como compradoras, es constante y numerosa.

Jonathan: *Vivo en el Idipron hace cuatro meses. Me vine de Medellín porque estaba muy degenerado. Cuando estaba en ese mundo yo quería vivir como debajo de la tierra, que mi familia no me viera. Entonces me perdía de la sociedad.*

Como yo soy malabarista y como me gustaba tanto la plata, me vine para Bogotá a los 14 años a trabajar en lo mío. Me iba muy bien. Pero como ya ganaba mi plata, resulté metido en los vicios. Un amigo -que ya había estado en “El Cartucho”, me contaba que allá se levantaban a punta de plomo y que había cualquier cantidad de droga barata. Yo pensaba que eso eran puras historias inventadas.

Cuando llegué a Bogotá, trabajaba haciendo malabares en los semáforos. Me acuerdo de que me hacía en el semáforo de la Avenida Caracas con 15, al frente de las oficinas. Cuando me agarró la ansiedad, lo que hice fue ir a “El Cartucho”, porque quería comprar marihuana. Ahí me encontré con mi amigo de Medallo y él me dijo: “Parcero, vea, le tengo esto” y me pasó un fierro (cuchillo), porque allá eso estaba dividido como por plazas. Estaba “Gancho Rojo”, “Gancho Amarillo”; ¡uy! eso había la de ganchos. A la hora veinte, habían unos que manejaban a otros y por eso crearon esa manada de ganchos.

Yo sí los identificaba, pero nunca me interesó estar ahí con ellos, porque esa gente era peligrosa y, como empecé a consumir bazuca, a mí solo me importaba ganarme la plata para “meter” y hacer las cosas bien para que no me fueran a matar. De resto, nada. Ahí consumí bazuca por primera vez y, en menos de nada, ya estaba viviendo ahí. Yo siempre he dicho que cuando uno consume bazuca uno se convierte como en un muerto viviente. Me estrellé contra el mundo. Y esa gente (los habitantes de calle) se convirtió en mi familia.

Familia. Esa era la palabra clave para poder “amañarse” en un lugar como “El Bronx”. Personas como Jonathan encontraron allí el refugio perfecto para dar rienda suelta al gusto infinito por las drogas. Todos eran iguales. Sufrían las crisis más terribles cuando querían aguantarse y controlar su adicción, mientras el de al lado se metía sus “pases” para estar pleno. Pero si alguien estaba lamentando lo que vivía allá, nadie ponía atención. Cada uno tenía suficientes problemas como para andar de defensor.

Una vez vi saliendo de un “kiosquito” a una niña completamente desnuda; ella salió corriendo y gritaba “¡ayúdenme!, ¡ayúdenme!, ¡ayúdenme!”, pero nadie se metió, nadie hizo nada. Lo que pasó fue que los manes que también estaban en el “kiosquito” la cogieron y la “ echaron fue pa’ adentro”. Nadie dijo nada. Todos se hacían los que no era con ellos. Yo quedé como “ush, pero cómo. Yo ahí qué hago”; porque si uno se metía, llevaba del bulto.

Yo no viví en “El Bronx”. Solamente iba para comprar mis trabas y me “abría” de allá. Cuando entraba, era como si estuviera conociendo el infierno. Sentía la presión y el volumen de la música en esos “chuzos” (bares) era muy fuerte. El “boom” de la música llegaba directo al pecho.

Unas personas que me veían haciendo malabares ahí en el semáforo de la Caracas se dieron cuenta de que yo consumía -por mi apariencia- y me propusieron ir al Idipron a rehabilitarme, porque yo estaba muy chiquito -tenía 17 años para ese momento- y porque era bueno en lo que hacía. O sea, yo les caí bien a ellos y se preocuparon por mi bienestar. Opté por ir y me fue bien. Estudié hasta noveno de bachillerato.

Me tuve que devolver a Medellín, porque mi mamá vino por mí hasta Bogotá. Nunca supe cómo fue que me encontró; estaba estudiando y me dijeron que mi mamá había venido por mí. Ella me dijo muchas cosas; que íbamos a estar bien, que todo iba a ser normal. Pero a la hora veinte yo me di cuenta de que todo eso que me dijo no era como me lo había pintado.

Mi mamá estaba apoyada en otra persona. Y se suponía que yo iba a terminar de estudiar allá. Pero, cuando llegamos a Medellín, vi que estaban en un barrio muy “caliente” (peligroso) y que no vivían en las mejores condiciones. Entonces me puse a trabajar y descuidé el estudio para ayudarle a ella. En el transcurso del tiempo conocí a una pelada que me hizo recaer en las drogas, así que volví a la bazuca.

En Medellín los programas de rehabilitación son de muy baja calidad. El adicto no tiene chance de salir de ese vicio de verdad. Yo ya estaba cansado de estar metido en eso, así que tomé la decisión y me vine para Bogotá. Llegué al Idipron y estuve un poco más de un año hasta que me rehabilité.

Hoy en día, su mamá está muy contenta porque, después de tantos años de ver a su hijo lidiar con esta adicción, ahora ve otro, aunque fue muy difícil. Sobretudo porque ella no podía ayudarlo económicamente. Ella prefiere que no vuelva a Medellín, porque sabe que, si vuelve a caer, la ciudad no le podría ayudar en nada y, por el contrario, lo hundiría.

***Jonathan:** Mis planes son a corto plazo. Quiero terminar de estudiar. Gracias a Dios, el Idipron me ayudó, porque ya estoy por cumplir con el tiempo límite de la Institución. Como ya voy a cumplir 29 años, esa es la edad máxima para poder estar aquí. Ellos me dieron “camello”, me mostraron que hay mejores cosas con las que uno puede soñar para superarse a diario.*

No me arrepiento de lo que viví. Todo siempre pasa por alguna razón. Cuando uno está metido en ese video, uno quiere cualquier “vaina”, menos salir de allá. Pero en el fondo, uno tiene el imaginario de ser buena persona y, sobre todo, de tener una vida normal. Yo soy una muestra de que sí se puede salir y erradicar ese veneno dentro de uno.

Es muy difícil porque, después de todo, se está como expuesto a que en cualquier momento se vuelve a eso, pero lo que hay que tener es determinación y las güevas suficientes para decir: “¡ya no más!”

Fabio tiene 27 años. Nunca conoció a su mamá y dice que su papá es muy “comemierda”, porque nunca se preocupó por el bienestar de su hijo, sino que lo hizo enfrentarse a la vida solo. Empezó a consumir droga en Suba, por Compartir, Lisboa y Toscana. Llegó a “La L” a los 23 años, por un amigo que le pidió que lo acompañara. Tiene tres hermanas. Una de ellas lo encontró por la Séptima con Jiménez cuando él ya estaba en “la mala” y lo llevó a una fundación en donde lo maltrataban; así que prefirió volarse ocho meses después. Luego de la intervención, decidió unirse al programa de rehabilitación del Idipron.

***Fabio:** Trabajo y estudio aquí en el Idipron, haciendo recuperación del espacio público. Yo les tiro a los vendedores ambulantes. Los operativos que estamos haciendo son en Kennedy; allí incautamos toda la carne dañada, de lunes a sábado, de 1 a 7pm.*

Vivir en el Idipron es un lujo. Tener una cama, comida; nos dan cepillos, gel, atención odontológica. Aquí lo ayudan mucho a uno. Luego de la intervención, empecé a hablarme

con mi familia y han estado contentos. Pero yo no le paro muchas bolas a eso porque toda la vida viví solo y que aparezcan ahorita, pues normal. Los que sí son mi familia son ellos (muestra a sus compañeros de la Unidad).

El cambio del Bronx a acá ha sido brutal; uno está acostumbrado a lo “comemierda” a lo “mastrayer”. Y es que aquí toca establecerse con las reglas y uno no tiene en cuenta cosas como bañarse. Yo lo digo porque allá adentro (en el Bronx) nadie pensaba en bañarse. Qué arreglo personal ni qué nada. Uno sólo pensaba en fumar y fumar. Allá la vida era robe y fume. Y ahora, de los que llegamos del Bronx, solo quedamos siete.

Un día normal era salir a robar y volver para fumar. Cuando yo salía a robar, no le paraba muchas bolas a dónde lo hacía. A veces era ahí cerca a la “L” o en donde me dieran el papayazo. Pero si usted lo sabía hacer, podía robar allá adentro; solamente era decirle al “saya”: “Voy a coger a esta persona. ¿Cómo es ahí? ¿vamos por mitad o qué?; y el “saya” decía: **“Hágalo. Le doy 10 minuticos. Pero si se demora más, ya sabe lo que le pasa”**. Y lo que pasaba era que uno se ganaba su pela, porque allá las cosas eran muy delicadas.

Cuando al “saya” le gustaba, por ejemplo, una chaqueta de esas antiguas que eran las que más les tramaban (gustaba) a ellos, y la llevaba puesta un pelado que era una cara nueva en el lugar, pues “el saya” le hacía señas a uno y así daba luz verde. Él decía: “le doy 10mil ya o 10 trabas si me trae esa chaqueta”. Yo esperaba a que el pelado se fumara su primer “cacharrazo” (pase), para que quedara “tripiquiado” (drogado). Si era necesario, “tripiquiarlo” más para hacer la vuelta y que me dieran el vicio.

Lo de las maquinitas tragamonedas era para el “distrave” (recocha), porque la idea de eso era ir metiendo monedas para que uno pudiera seguir consumiendo. Si, por ejemplo, usted le subía la línea a 6 y jugaba con 50 mil, pues ganaba seis veces lo que había metido. Esas máquinas estaban cuadradas para que en cierto punto ganara y en otro lo pelara; porque, si estaba de buenas, ganaba y, cuando otros se daban cuentan, pensaban **“uy, esa máquina está dando”**; entonces esperaba a que el man se quitara y el otro se metía y desocupaba sus bolsillos jugando.

“Los Sayas” casi siempre andaban con gabanes y gorras. Eran los mejor vestidos allá adentro. Yo me acuerdo de Tazmania y Caballo. Pero dejémoslo hasta ahí. Hablar de ellos es un video. Para llevarlos en “la buena”, uno tenía que ser bien atravesado, bien gonorraea.

De repente se quedó mirando un punto fijo mientras recordaba todos y cada uno de los hechos que nos iba contando, conforme nosotras le preguntábamos. Él, muy pensativo, hacía gestos que nos hacían creer que nunca iba a olvidar lo que vivió en ese lugar. Y que, si lo recuerda ahora, es para estar en función de las personas; para que no les pase lo mismo que a él.

Fabio: *Pero cuando uno la “cagaba” se iba para el cuarto; ahí uno no veía nada. Solo se escuchaban los golpes con la tabla. Yo me descuadré en 200 mil pesos, porque de la “loquera” (drogados) conté mal la plata que tenía que darle a la cajera, y se la entregué confiado de que todo estaba bien. Ella le dijo a uno de “Los Sayas” y el man me encontró entre toda esa gente -porque allá había demasiada, eso era como cuando vino el Papa que no se podía ni caminar por donde él pasaba. En El Bronx era brutal de viernes a domingo. Los demás días había gente, pero no tanta. Me dijo: **“Usted le dio mal la plata a la taquilla. Eche pa’ arriba”**. Yo le respondí “Uy, pero ¿cómo así? Yo le di completo”. Me pegaron 16 tablazos muy hijueputas. Esa cola me la dejaron vuelta mierda. Ahí me quedaron las marcas.*

El día de la intervención, yo quedé mirando para el techo de la loquera. Pero me acuerdo mucho de que yo vi los camiones, porque con un parcero íbamos entrando “ganados” y, como siempre llegaban camiones a descargar, me pareció normal. Lo único que se me hizo raro fue “uy, jueputa. no hay ningún loquito ganándose la liga (plata)”, -porque a cada persona le daban por ahí 10 mil si ayudaba a descargar y lo hacía rápido, para ir a gastarse esa plata en visajes (droga), pero ese día no había nadie. Como uno va a lo que va y no anda pendiente de los videos (cuestiones) de nadie, pues nos entramos.

*A las 2 o 3 horas, ¡jum! ¡Qué mierdero tan gonorraea!. Ellos (la policía) decían **“bótese al piso, “chinche”** (jóven), y **quédese quieto**”. Iban a lo que iban. Llegaron a tumbar (desmantelar) a todo el mundo. Yo creo que eso ya estaba planificado porque, digamos lo*

de los camiones, nadie ayudaba a descargar y era porque no había que descargar nada. O sea, ellos también sabían lo de los camiones, la hora a la que llegaban normalmente, todo.

Dentro de El Bronx había conversaciones sobre la posibilidad de un enfrentamiento con la policía. Siempre se estipuló que, si se presentaba el encuentro, podría haber hasta muertos y heridos, inocentes que no tenían nada que ver con lo que sucedería. Pero todos apoyaban la idea. El respeto por “los sayas” era infinito.

Fabio: *Pero esos hijueputas (los Sayas) quedaron para mí como unas niñas. Porque lo que hicieron fue montar rostro (autoridad) a todos. Y claro, uno se aplaca; ¡díganme si no! (nos mira fijamente cuestionandonos). Los manes “aplacaron” a las ratas. Ellos decían que, si llegaban en algún momento los de la policía, iba a haber plomo al cien, que se mataban a su ley. Pero qué va. Todos salieron corriendo.*

Yo no sabía lo del cocodrilo. Nunca lo vi. Lo de los túneles era cierto y lo de los perros también. Lo que pasa es que en el segundo piso de la casa (casa de pique) había una rejita; ahí tenían a los perros con unas caras todas macabras e inmensas. El castigo más suavecito era poner una mano a través de la reja -ellos ya sabían qué hacer cuando metían una mano o un pie por ahí- le quitaban la mano de un mordisco ni el hijueputa. Me consta porque a un parcerero le pasó eso.

*Había mucha prostitución de las dos clases: mayor e infantil. Llegaban cuchos con tacos de plata. Los cuidaban para entrar. Ellos ya sabían para qué lado del Bronx iban, a quién preguntar y por quién pagar. Decían **“Vengo por tal persona. Traigo tanta plata. Quiero estar por X tiempo”**. Buscaban a la peladita y la llevaban a donde el cucho quería -o también al peladito. Porque no crean que esos cuchos de taco solo les gustan las niñas. También pagaban por niños. Era seguridad completa para esos manes que llegaban con tanta plata y en carros tan caros. Todo cuadrado por “los sayas”, obviamente.*

Los niños más pequeños que vio en El Bronx eran bebés de brazos. La mamá consumía bazuco mientras le daba leche materna a su hijo. El lugar no importaba; a veces las veía con sus bebés entre la basura.

Fabio: *Eso sí, si los peladitos la cagaban debiendo plata o robando. “Los sayas” no comían de nada (no medían si era menor de edad. Tenían en cuenta únicamente la falta cometida para castigar). Plata es plata; y el que se equivocaba, la llevaba. Allá no era que porque el niño tenía seis años entonces “ay, pobrecito, no le hagamos nada y perdonemolo”. Nada de eso. Las niñas llegaban porque alguien les decía “camine me acompaña a tal lado porque allá es muy chimba farrear (rumbear) y la droga se consigue fácil”. Y con todo respeto, hay muchas niñas de universidad que son re fiesta, re locas, que les gusta de todo. Lo mismo las que están en el colegio. A veces llegaban al Bronx a quitarse el uniforme, ponerse ropa normal y empezar a farrear.*

Muchas veces los pertenecientes al Batallón buscaban a algún habitante que les hiciera el favor de conseguir lo que ellos necesitaran. La ciudadanía no podía denunciar estas actuaciones. Nadie sabía nada. Únicamente el habitante de calle y el soldado. sobre la relación entre las entidades gubernamentales y la mafia dentro de El Bronx, Fabio responde convencido:

¡Jum! Ellos a uno le decían “cómprame esto (droga) y le doy X plata”; daban lo que uno les sacara. Porque era lo más de fácil extorsionarlos para ir a comprarles lo que querían. La traba (droga) valía \$1.200, pero yo les pedía 20 mil o más; si se negaban a dar lo que yo pedía, les decía: “voy es sapiándolo, bobo. ¿Por qué no entra usted? ¿No que es muy varón?”. Claro, ellos no podían entrar porque el peluqueado los delata. Entonces daban la plata y uno corría a comprar.

Claro que ahí los duros sabían todo. Porque llegaban camionetas re caras y “los sayas” mandaban a limpiar el pedazo -despejaban la zona de habitantes de calle o basura en donde la camioneta iba a estar- para que el cucho con su taco de plata hiciera lo que quisiera ahí. Yo no sé si esas personas eran de arriba (del gobierno), pero sí sé que hasta la policía hacía guardia ahí. Era para que ellos cuestionaran al cucho y todo eso, ¿no? Pero lo que hacían era cuidarlo jajaja.

La verdad, yo sí me arrepiento de haber llegado allá. Yo hice muchas cagadas por el vicio. Cargaba muertos en lonas y los dejaba ahí en el semáforo de la Caracas (al frente del CAI de San Victorino) o en la esquina del Batallón. Me las daba de que no sabía lo que había

porque yo lo que quería era mi visaje (droga). Pero ya después de un tiempo me cansé de la calle. Porque, no crean, la calle cansa. Yo estaba que me mataba con el vicio. Contaba lo que consumía y todo.

*Agradezco haber llegado aquí (al Idipron), porque me acuerdo de que el día de la intervención nos llevaron en camiones a los centros de rehabilitación y nos preguntaron **“¿Ustedes quieren seguir el proceso? Si quieren, lo pueden hacer. Pero si no, pidan puerta. Se bañan, comen, descansan y se van”**. Yo me quedé.*

*Yo quisiera que los que siguen en la calle reaccionen. Eso no es vida. Yo he intentado sacar a mis socitos (amigos) de eso y me dicen **“usted qué habla si fue peor que nosotros”**. Yo les respondo: “por eso, gonorrea. ¡Párese!”. Y es que es por puro orgullo. Ellos se sienten el putas estando así. ¡Qué cagada! Si ellos no quieren, yo no los puedo obligar. Cada quien tiene su propio camino, ¿no?*

Conoció a Katherine en el trabajo de Idipron hace un año. Fabio la describe como una mujer muy juiciosa, que tiene metas importantes para su vida y cree que con ella puede salir adelante. Katherine tiene ocho meses de embarazo. Será un niño. Está esperando el pago mensual de Idipron y piensa en irse a vivir con su familia; formar un hogar. Ahora ella y su pequeño Fabio Junior (como le quieren llamar) son su motor para iniciar una vida llena de propósitos y bendiciones.

Richard es de Cali. Es el menor de diez hermanos. Tiene 24 años. A los 13 años llegó a “El Samber” -Barrio San Bernardo ubicado en la Localidad de Santa Fe en la ciudad de Bogotá; Se le llama “Samber” por ser una de las ollas en las que también hay venta y consumo de estupefacientes. Hace siete meses estudia un Técnico en Metalistería (todo lo que tiene que ver con la soldadura de metales) en el Servicio Nacional de Aprendizaje SENA, con el propósito de superarse.

Richard: *Llevo seis años limpio gracias a Dios. Trabajé en el Acueducto de Bogotá, en Transmilenio y con Norberto Peluquería. Actualmente estoy en la Secretaría de Movilidad. Durante mi proceso (rehabilitandose), no estaba tan tranquilo. Sentía que no iba a poder salir de eso. Había días en los que no sabía cómo controlar la ansiedad. Pero ahora*

solamente vengo dos días a la semana al Idipron, para saber a dónde tengo que ir a trabajar y qué horario me asignan.

Yo tenía muchos problemas en Cali. Hubo un tiempo en que mi familia empezó a recibir muchas amenazas de muerte por mi culpa; porque, cuando yo estaba en el colegio, me sacaban los paramilitares para que hiciera cosas que yo no quería. Tenía que matar a alguien o hacerle el cobro a una persona de parte de ellos (“los Sayas”) y, si no pagaban, tenía que llevarme lo que la persona tuviera, o quitarle la vida a un hijo para que pagara.

Una vez me mandaron a matar a un señor que les debía plata y, cuando llegué al lugar en donde estaba el señor, le dije que se fuera de la ciudad porque me habían mandado a matarlo. Como él se fue de la ciudad, me estaban buscando para desquitarse. Para que no mataran a mi mamá, me tocó irme de allá

Los paramilitares fueron la piedra en el zapato para que Richard pudiera salir adelante con su estudio. Tuvo que abandonar su hogar, para que su familia estuviera bien. Aprendió a enfrentar la vida, pero no precisamente esa vida con leche y cereal de caja o la posibilidad de escoger entre el huevo frito y el revuelto al desayuno, ni unas sábanas con olor a suavizante. Todo lo contrario. Las condiciones, a sus 13 años, viviendo solo en la ciudad a la llegan “a cumplir sueños”, porque “hay más posibilidades en la capital”, no fueron las mejores.

Cuando llegué a Bogotá, yo tenía una plata que me había dado mi mamá para mantenerme unos días mientras conseguía trabajo. Yo pagaba una pieza muy barata en el centro. Pero se me acabó y me tocó “chupar” calle. Yo en Cali ya le daba al pegante, a las pepas y al perico, por andar con personas que no me convenían. El alcohol era mi perdición. Entré derecho a “El Samber” para seguir consumiendo. Yo no conocía a nadie que viviera en la ciudad. Estaba solo. Viví ahí cuatro años.

“El Samber” era más tranquilo que “El Bronx” porque no había tanta gente. Pero “Los Sayas” sí estaban ahí. La ley de “si uno la caga, la paga” era igual en ambos lados. Porque si yo quería salirle con “vivezas” al jíbaro, y él le decía al “Saya”, pues yo tenía que responder; y si me querían castigar, me dejaba o si no, me mataban.

Como a mí me gustaba tanto el trago de pequeño, una vez cometí el error de entrar borracho a un bar de esos que tenían unas máquinas, y empecé a “montarla” (molestar) a la gente que había ahí. Intentaron controlarme y, por los tragos que había tomado, no sé, estaba “aletoso” (grosero); me llevaron al cuarto oscuro y me dieron planazos con machete. Me dejaron las piernas marcadas y todo. A otros les “daban” con garrotes, palos, varillas, con lo que hubiera.

Cuando uno llegaba a “El Samba”, la gente andaba en su cuento y eran “todo bien” (buena gente), pero en “El Bronx” no. Allá eran como a querer hacerle daño a uno. ¡No, eso era terrible estar allá! -lo dice con gestos sorprendidos y negando con la cabeza-.

Para ganarse al “Samba” tocaba matar a alguien que el man señalara, vender droga, cascarle al que dijera. Pero, como a mí nunca me ha gustado ser maldadoso con otra persona, pues no fui de esos que andaban al culo de esos manes. Solo que, como yo no hacía lo que ellos decían, pues me ponían entre la espada y la pared, porque a veces me tocaba pegarles tablazos o varillazos a unos parceros que debían plata; si yo no les pegaba, me daban esos varillazos a mí y ¡nooooo, paila! Yo no me aguantaba eso. Dolía mucho.

No volví a saber nada de mi familia. Lo que supe mientras estaba en “la mala” era que se habían enterado de los pasos en los que yo andaba. Me convertí en la vergüenza de la familia. Y como estaban amenazados por mí, se alejaron completamente. Hasta mi mamá.

CAPÍTULO VI

JUGUETES POR DROGA Y PROSTITUCIÓN

Después de haber leído y escuchado todo tipo de historias sobre lo que ocurría en el Bronx y sus alrededores, parecía casi imposible escuchar algo peor. Pensamos que ya nada más podía sorprendernos, cuando en una visita al Instituto Colombiano de Bienestar Familiar ICBF entendimos que aún quedaban historias por contar y gente por escuchar. Esta vez sería más duro para nosotras enfrentarnos a esta realidad. No porque no estuviéramos preparadas, sino porque nunca logramos entender cómo tanta maldad azotó a niños y jóvenes que apenas empezaban a conocer el mundo.

Con la premura con la que vivimos por estos días en los que tenemos el tiempo medido para cada cosa que hay por hacer, llegamos el miércoles 1 de noviembre a uno de los hogares de paso de la entidad colombiana que trabaja por la prevención y protección integral de la niñez y la juventud a las 10:00 am. No revelamos el lugar exacto a petición de uno de sus directores.

Entramos al sitio y la primera impresión que tuvimos fue la de estar en un internado. Las zonas verdes eran amplias. Habían alrededor de tres comedores, cuatro parques de juegos y cuatro casas de tres pisos a las que les tenían nombres como “Semilla”, “Egreso”, “Primavera” y “Ambientación”. Estas casas estaban compuestas por habitaciones con camarotes y en cada piso un baño con su respectiva ducha.

Madre Cielo, la directora del lugar. Nos acompañó en un pequeño recorrido por el lugar, mientras nos decía que en ese hogar “había recibido cerca de 50 niñas rescatadas del Bronx, quienes llegaron muy afectadas por la situación precaria en la que habían vivido durante años. Son niñas carentes de afecto, resentidas con la vida, temerosas del buen trato y muy agresivas frente a lo desconocido”. Nos explicó la mejor forma de abordarlas para que quisieran hablar con nosotras y nos hizo reflexionar sobre la vida, Dios y la familia.

No todos los seres humanos somos responsables de lo que nos pasa y una muestra de ello son estas niñas que, sin ellas saberlo, terminaron pagando errores que nunca fueron de ellas. Es una fortuna poder contar con una familia por estos días y es una riqueza espiritual creer en un Dios, a pesar de la maldad que invade al mundo, piensa madre cielo.

Nos sentamos en uno de los parques del lugar, sobre el pasto, aparentando mucha tranquilidad, como nos lo había recomendado Madre Cielo. Si ellas nos veían como una

más, no iban a tener inconveniente de hablar con nosotras y, aunque aparentemente parecíamos muy relajadas sentadas en el pasto y con las piernas cruzadas hablando de lo bonito que se veía el lugar, la verdad era que por dentro temblábamos ante lo que nos podían contar estas niñas o ante una posible reacción negativa de alguna hacia nosotras. Teníamos risa nerviosa mientras esperábamos y, cuando llegó Camila a sentarse con nosotras bajo el espléndido sol que hacía en ese momento, se nos borró la sonrisa del rostro con solo ver su cara de vacío y tristeza.

No necesitamos cruzar muchas palabras para que ella quisiera hablar con nosotras. Camila, con tan solo 14 años de edad, cree que su misión en este mundo es pagar por los pecados de su familia. Nos lo hizo saber antes de decirnos que por primera vez se sentía una niña y no una mujer como lo sintió por mucho tiempo dentro del nfierno del Bronx. Comenzó contándonos cómo fue su infancia. No tuvo mucho problema en hacerlo. Parecía no importarle revelarnos su vida.

Camila: Recuerdo cuando mi mamá me dejó, porque ese día estábamos todas reunidas en la casa y de un momento a otro ella sacó las maletas y me iba a alzar, pero solo se quedó mirándome y se fue. Desde ahí me llené de rabia. No entendía por qué me había abandonado. Todas las niñas en el colegio llegaban con sus mamás y yo siempre entraba sola o con mi papá. Él se consiguió una “moza” con la que se fue a vivir y a la que dejó embarazada muy rápido. Ella entró a mi vida cuando yo tenía seis años y medio.

Mi relación con mi papá no era muy buena, porque él nunca estaba en la casa. Se la pasaba viajando. Al mes duraba uno o dos días en casa y volvía a irse. Mi madrastra me sacaba de la casa, me daba la comida sucia, me maltrataba cuando mi papá no estaba y, cuando él llegaba, le decía que yo me portaba mal y él me pegaba.

La mentalidad me fue cambiando. Me fui llenando de rencor y la pregunta que siempre me hacía era ¿por qué mi mamá me dejó? Entonces yo decía: como ella me dejó, voy a dejar de hacer lo otro, me voy a portar mal en el colegio y pues ya hoy es que entiendo que esa no era la idea, ¿verdad? Ahí empezó todo mi calvario.

Yo tenía 7 años cuando consumí por primera vez droga. Estaba en tercero de primaria y, cuando yo salía al recreo, me metía detrás de una caseta. Una vez una “china” del grado

*once se sentó ahí con las amigas y me dieron un bareto. Mientras fumaban, la pelada va y me dice: **¿quiere ser así como nosotras, que todo el mundo nos caiga?** Y yo le dije: “pues sí”. Ella de una me dice dice: **tome, fume esto. Es bueno para la salud y la totea de la risa. Chao tristezas, porque no la deja recordar malas cosas.** Ahí fue donde probé la marihuana. Era cripi y desde entonces me gustó.*

Nadie se dio cuenta. Aprendí a pilotear (controlar) la situación. Cargaba mis gotas para cuando estaba trabada, perfume y crema. Así era muy difícil que mis papás se dieran cuenta. Nunca sospecharon de que yo consumía.

*Yo conocí el Bronx una tarde que mi amigo “Chiqui” me dijo que lo acompañara hasta el centro, que iba a traer unas bombas de bazuca y quería que los cargara. Yo estaba chiquita y, cuando llegamos allá, a mí me dio mucho miedo, porque yo no estaba acostumbrada a ver tantos indigentes. Entramos a la “Warner” (un bar) y él puso música. Empezamos a mamar gallo todos trabados. Cuando me di cuenta, él ya estaba consumiendo “bazuca”. Yo solamente lo miraba mientras me decía: **nunca la vaya a probar. Esto es un demonio muy grande y, cuando lo atrapa a uno, nunca lo suelta.***

Nunca le puse atención a esas palabras. Si yo hubiera hecho caso a eso, estaría mejor. Tal vez no con muchos lujos, pero sí estaría bien.

A partir de ese momento, el Bronx se convirtió para Camila en su lugar preferido al salir del colegio. De a poco ella se fue acostumbrando a los bares, la rumba y la droga. Paradójicamente, a esos sujetos a los que ella les temía cuando conoció el lugar, esos mismos se fueron convirtiendo en su familia.

Camila: *No necesité mucho tiempo para creer que mi hogar estaba en la “L” (las dos calles de mayor venta y consumo de drogas en el Bronx) y me fui a vivir allí. Todo siempre estaba abierto; nunca había silencio. La única forma de no escuchar estruendo (música a todo volumen) era cuando había operativos de la Policía, porque solo se escuchaban balas.*

Dentro del Bronx a los hombres los requisaban y les quitaban navajas y todo objeto con el que pudieran agredir a alguien. Allá no se podía robar, no se podía pelear. A mí me

impresionaban mucho los túneles, porque uno entra y ve esas paredes llenas de sangre, además del olor tan asqueroso que se percibía y, sumándole a eso, el que había ahí. Esos túneles eran donde picaban a la gente. Era un edificio como... -Camila empezó a mirar a su alrededor y nos señaló una de las casas de cuatro pisos y nos dijo:- “algo así como la casa Ambientación, la azul que ustedes ven ahí”. Ella intentaba con sus señas, gestos y palabras que nosotras entendiéramos a la perfección su relato.

En el sótano de la edificación picaban gente. En el segundo piso estaban los perros. En el tercer piso los desaparecían con ácidos y en el cuarto vivía “el loco” (la persona encargada de cuidar el lugar). Allí en el primer piso siempre empezaban quitando dedos, luego las manos y después así como despresando pollos, hasta que los cuerpos quedaran en pedazos. Ya en el segundo nivel, teniéndolos bien picaditos, los hacían desaparecer. Yo entré varias veces y conocí la casa del “el loco”, con los perros que estaban dentro de una reja, que se comían las manos de las persona. Eran perros re salvajes, carnívoros.; o sea, si a ustedes les quitaban un dedo, era fijo que iba para los caninos, para que ellos lo mordieran.

Al principio a mí me daba mucho miedo de que me violaran, que me mataran, que en cualquier momento me dieran una puñalada o algo así. Pero eso era efectivo. En el momento menos esperado iba a pasar. La situación más horrible de mi vida fue cuando me violaron. Fue lo peor que me pudo pasar. Fueron dos “sayas”. Me iban a matar porque estaba en “billares” (bar del Bronx). Me cogieron a la fuerza y me llevaron para la casa de “el loco”. Él no estaba porque, o si no, yo sé que él me hubiera ayudado. Me metieron a una pieza, me amarraron las dos manos y me violaron. Nunca le conté a nadie. Tenía ocho años, si no estoy mal. La verdad no me acuerdo, estaba chiquita.

El consumo de bazuco la envolvió por completo. Su vida empezó a girar en torno a cómo obtener una moneda o un billete para comprarse una pipa de droga. Cualquier cosa era válida para saciar los deseos de consumir.

Camila: *La bazuca la probé y me quedó gustando. Ya el consumo era tan áspero, que, si no me echaba un carrazo (drogarse), me dolía todo el cuerpo, hasta los huesos. Me desesperaba y ahí era donde empezaba a robar, a hacer cosas que no debía. Por ejemplo:*

uno llegaba a “billares” y se sentaba a esperar que alguien lo sacara a bailar y ahí los chinos le decían a uno **“le doy 500 mil, 100 mil, 20 mil, pero si se acuesta conmigo”** y, pues, por consumir bazuco muchas veces ni se piensa. Todo es en función del vicio. Entonces mi respuesta era “hágale”, porque, ¿qué más se hace? Llegue a recibir hasta 100 mil pesos y al otro día otro y así sucesivamente. Así se vendían todas las niñas y las que no lo hacían por dinero, terminaban violadas “a lo mal hecho”. Cuando uno no quería lo cogían y le pegaban. Algunas encontraron así la muerte.

También tengo que admitir que robaba para poder drogarme. Yo me iba para la 170 y esperaba a que pasara alguien y me botaba y les quitaba el bolso, la plata, todo. Cargaba armas. Tenía una “Topo Gigio” (una pistola chiquita), Un Saya me la regaló. Y tenía una navaja.

En ese mundo oscuro de vicios, soledad y dolor, a Camila se le abrió un espacio para conocer el afecto que nunca había tenido: la protección de una mujer mayor consumidora como ella. Camila empezó a llamarla mamá Rosaura.

Camila: Recuerdo muy bien que me senté un día en “Billares” sin bazuca, sin droga, sin nada. Ella se me sentó al lado y me dijo: **“usted se me parece mucho a mi hija. A ella me la mataron acá. Usted tiene los mismo ojos, los mismo rasgos”**. Ahí me sirvió bazuca y así fue como pude consumir ese día. Nos pusimos a hablar y empezó a preguntarme en dónde vivía y yo le respondí que ahí. Entonces me propuso pagar una pieza entre las dos y así empezamos a vivir juntas. Duramos así un mes. Dejamos de consumir. Ella se puso juiciosa igual que yo y dejamos de ir a la “L”. Me matriculó en un colegio, pero tiempo después ella recayó y, por ende, recaímos las dos.

Rosaura empezó a consumir mucho. Yo empecé a “taquillar” (vender) en la “L”. Para eso tuve que ganarme la confianza de los “Sayas” por ir mucho y por tener una relación con uno de ellos. Él tenía 22 años y yo 11. Entonces, gracias a él, se me dio la oportunidad de trabajar allá. Yo cumplía turnos de 12 horas. Supongamos que a mí me tocara la noche, llegaba a las 6:00 pm y me entregaban 10 “moños” (bolsas) de cripi (tipo de marihuana) de 10 mil, 5 de 5 mil, 2 “cremalleras” (dosis) de pepas, baretos (cigarrillos armados), y así. Todo me lo entregaban contado y todo me tocaba venderlo. Si salía algo descuadrado, me

pegaban o me maltrataban. Por eso podían llegar hasta matarme. pero, gracias a Dios, nunca me descuadré y me ganaba 200 mil pesos diarios y con eso me fui a vivir sola, me empecé a “perchar” (arreglar); a ponerme bonita.

En el Bronx había muchas niñas. Yo viví con “Luisa” (una amiga). Ella nunca me dejó sola. Empezamos a vivir las dos y veíamos cómo entraban y salían niñas de allá con los “Sayas”, aunque muchas nunca salieron. Todas eran menores de edad. Las llevaban para quitarles la “virginidad”. Eso me lo contó un “Saya”. Él me dijo: **“aquí traen las niñas que se roban y las desaparecen, y uno las compra para quitarles el “virgito”.**

Con estas niñas se hacían grandes negocios. Se las vendían entre ellos y era una venta fácil, porque eran pequeñas muy vulnerables, sin adultos a su lado. El vendedor podía ser cualquiera, desde un drogadicto que deambulaba por ahí, hasta una amiga.

Camila: A mí me iban a vender una vez. Yo estaba en “Billares” con una supuesta amiga a la que le decían “Dulcinea”. A ella, por cierto, la mataron allá adentro. Entonces, estábamos las dos y ella se paró y me dijo: **“no se vaya a salir de acá, ya vengo”.** Yo veía que el “campanero” me estaba viendo “re harto” y yo decía: ¡uy! ¿por qué me están viendo así? Y de un momento a otro, llegó el “Saya” y me dijo: **“su amiga me la vendió. Usted es mía”.** Ya me iban a llevar para los cuartos cuando el “Mauricio”, el “Saya” que era mi novio, se metió y dijo: **“no, ella es mi mujer. ¡Qué la van a vender!”**

En esta ocasión a Camila la salvó su “novio” Mauricio, uno de los “Sayas” del Bronx, pero la amiga que por dinero la había intentado vender fue condenada a un doloroso castigo.

Camila: A la “china” le cortaron un dedo, con una “macheta” en uno de los “túneles”. Mauricio me dijo: **“camine, me acompaña”** y cogió a la “pelada” de las “mechas”, la arrastró y le cortó el dedo pequeñito. Ella, desesperada, gritaba que no lo volvía hacer, pero que le dejaran el dedo y allá el rumor era que, si a alguien le quitaban el dedo y luego volvía a cometer otra falta, de una le quitaban era la mano. Y si ya no tenía la mano, lo picaban y se lo botaban a los perros.

Camila se quitó la chaqueta roja que en ese momento tenía puesta mientras hablaba con nosotras y notamos que en los antebrazos tenía unas cicatrices muy notorias. Entonces una

de nosotras le preguntó por las marcas y ella no tuvo ningún reparo en respondernos que, un día, un “taquillero” dejó caer una “traba” y ella la recogió pensando en devolverla, pero, antes de que eso ocurriera, él la acusó de querer robársela. Los “Sayas” se llevaron a Camila para castigarla quitándole la mano, pero, por cosas de la vida -dice ella-, solo la marcaron cortándole pedazos del antebrazo, mientras le decían: ***“ahí queda referenciada para en la próxima quitarle esa mano”***. Ella salió del lugar mientras se envolvía una chaqueta para tapar sus heridas y no derramar tanta sangre.

Camila llegó a donde Rosaura y ella le aplicó café en las heridas para que se le cerraran y le controlara la hemorragia. De ese modo fue como solo le quedaron las cicatrices o, como las llama ella misma, las marcas de su infierno para toda la vida.

Camila: Yo podía salir del Bronx, pero lo que más me amarraba allí era la “farra”, porque a mí me gusta mucho “farriar”. Después de que entraba sentía que ya no podía salir, pensaba que eso era lo mejor. Me atraía el baile y el juego en las máquinas. Cuando estaba fumando, jugaba mucho en ellas o bailaba, trataba de pasarla bien.

Fueron cinco años sin familia, sin infancia. Camila dice que su madre biológica sabía que ella estaba allá y que, según ella, intentó buscarla, pero es algo que no se atrevió a confirmar, ni tampoco negar. Solo volvió a recordar que tenía padres cuando a sus escasos 14 años quedó embarazada.

Camila: Yo quedé embarazada una noche en la “L”. Ya tenía dos meses de retraso. No me llegaba nada y me hice una prueba de embarazo y sí, me salió positiva. Yo no sabía qué hacer, porque no es fácil vivir en la calle con un niño, sufriendo y pasando necesidades. Decidí contarle a mi mamá. La busqué y ella me dijo que llegaría a la casa, que ella me iba apoyar.

Mi mamá vive en Suba y después de llegar allá llamé a mi papá y él me dijo que no me iba a internar; que me fuera para donde él, que él me iba ayudar. Pero cuando llegué a la casa, me di cuenta de que todo era mentira. Mi papá ya había hablado con un centro de rehabilitación para que me internaran y me ayudaran a desintoxicarme durante el embarazo. Apenas llegué, me llevó a la fundación y, después de todo, no estuvo mal. Luego me enteré de que a los ocho días se tomaron el Bronx.

Era muy niña para estar embarazada. Soy muy consciente de eso. Para mi hijo, me gustaría lo mejor, que nunca probara nada. Lo sobreprotegería mucho, para que no caiga en las mismas manos que caí yo; de ese vicio, de ese demonio. Porque, como dicen todos, “lo peor de este mundo es la bazuca, la droga. Eso es el pleno infierno”.

Camila no vivió en carne propia la toma del Bronx, pero en este mismo lugar encontramos a Juliana, una chica de 15 años que sí presencié la tan mencionada toma, el inicio del fin.

Juliana: *No estoy muy segura de la fecha. Nadie tiene claro qué día es cuando se está allá adentro, pero, si no estoy mal, era 27 de mayo. Ahí tenían unas alarmas y cuando empezaron a gritar que venía el Esmad se encendieron y todo el mundo se empezó alborotar. Todos corrían. Apenas vi eso, lo primero que hice fue salir antes de que terminaran de llegar los policías, para que no me llevaran al Bienestar Familiar. Salí y fui a una parte cerca del Bronx donde también vendían bazuco. Era una residencia por fuera, pero era lo mismo. Vendían igual, solo que más caro.*

El 31 de mayo volví a mi casa después de haber estado un año y medio en el Bronx fumando bazuco a diario. Las 24 horas tenía una pipa y así me acabé totalmente. Permanecía sucia. Era una habitante de calle. Solo me faltaba el costal. Tenía la ropa hecha un desastre. Estaba completamente flaca, y no paraba de llorar cuando decidí regresar a la casa. A mi hermana le tocó bañarme y fue muy triste para ella ver cómo se me marcaban los huesos. La columna se me salía totalmente sin necesidad de agacharme. Realmente estaba muy delgada y acabada. Mientras ella me bañaba y me arreglaba, no paraba de llorar y llamaba a mi papá y le decía que ella no iba a poder sola, que le dolía verme así.

Yo empecé a consumir el 14 de febrero del 2015. La primera vez que lo hice conocí la calle del Bronx. Llegué allá por una supuesta amistad que me preguntó ese día si yo estaba aburrida en mi casa. Yo no lo estaba, pero sí le dije ‘por qué me lo preguntaba. Me dijo que ella sabía de un mejor lugar en donde podíamos hacer lo que quisiéramos, no había autoridad. Era un sitio en el que a nadie le importaba qué nos iba a pasar, que podíamos trabajar, ganar plata, sobrevivir solas. Que nos fuéramos, que íbamos a tener más libertad. Mejor dicho, tener una vida de adolescente en la que podíamos tomar, bailar y

hacer lo que quisiéramos y, la verdad, llegó un punto en el que me convenció y acepté irme con ella.

No me hacía falta nada en la casa. Mi vida no era complicada. Nunca me hizo falta nada y la verdad el porqué yo quería huir de mi hogar es algo que todavía no me explico. Sencillamente mi amiga me convenció. Yo en mi hogar lo tenía todo, el amor de mi papá, de mi mamá; es decir, mi familia me amaba. Tenía estudio y, cuando quería algo, me lo daban.

Ese día salí de mi casa a las 12:00 pm, con una maleta en donde llevaba prácticamente toda mi ropa. Mi mamá estaba trabajando; mi papá estaba haciendo unas vueltas, entonces nadie supo nada.

Juliana, seducida por la idea de vivir una gran aventura a los 14 años, salió a escondidas de sus padres y hermanos, se encontró con su amiga y juntas tomaron un Transmilenio. Ella desconocía su rumbo, así que se dejó guiar por su amiga.

Juliana: *ella sabía para dónde íbamos exactamente. Tenía claro por dónde teníamos que entrar y sabía perfectamente lo que nos esperaba, mientras que yo no. Para mí todo era desconocido. Cuando llegamos al Bronx y empecé a ver los habitantes de calle, me empezaron a sudar las manos del susto y ella solo me decía que me relajara, que ellos eran como perros que olían el miedo y lo sentían. Entonces entramos y ya había pasado más o menos una hora y yo no lograba tranquilizarme.*

Lo primero que vi fueron las fogatas que prendían quemando la basura. Olía mucho a droga, especialmente a marihuana. Era una mezcla de olores que daba como resultado una sensación de podredumbre, sobre todo por la basura. Entramos a una residencia, en donde nos alquilaron una pieza por seis mil pesos para ambas. Ella pagó la habitación y, cuando entramos, me di cuenta de que ella ya se conocía con el señor que nos estaba arrendando y con los que habitaban allí, porque se saludaba con todos y yo obviamente me sentía extraña y sabía que estaba en un lugar al que yo no pertenecía, pero igual me quedé.

Me acuerdo de que nos cambiamos para salir a bailar esa misma noche en un bar que se llamaba V.I.P. Nosotras fuimos y pasamos toda la noche. Allí conocimos unos muchachos

y se me quitó el miedo por estar ahí. Esa misma noche empecé con el bazuco, sin haber consumido nunca nada. La primera droga que probé fue, literal, el pasaje al infierno. Mi amiga ya consumía y ese día vi que todos lo hacían, que todos tenían la misma pipa, los mismos elementos. Todos hacían lo mismo y, en ese momento, no pensé que fuera algo malo. A mí simplemente me dio curiosidad y mi supuesta amiga, en vez de decirme que no, me dijo que, si tenía ganas, lo probara. No era ni media noche y yo ya consumía bazuco. Después de fumar sentí como tranquilidad. El olor de la droga me gustó, la sensación... Como me hizo sentir me agradó.

Habían muchos jóvenes y niños como yo. Pasó el viernes y el sábado y nosotras seguíamos en lo mismo. Solo farra (fiesta). Tomé y fumé, pero no dormía, no comía, porque no me daba ni hambre, ni sueño; solo quería rumbear, bailar, pasarla bien. Para mí en ese momento era felicidad y era chévere estar en ese lugar. Una vez que probé la droga, ese mundo se convirtió en mi fantasía.

Después de que Juliana pasó tres días sin comer y sin dormir, empezó a extrañar a su familia, porque era la primera ocasión que pasaba tanto tiempo fuera de su casa y, por primera vez reaccionó frente a la magnitud de la decisión que había tomado. Se dio cuenta de que tan solo esos tres días, para una niña como ella, eran mucho tiempo por fuera de su hogar, lejos de su familia.

Juliana: *Me puse a pensar en mi mamá y, mientras recordaba cada palabra suya y cada gesto, lloré como nunca antes lo había hecho y no podía sacármela de la cabeza. Por eso tomé la decisión de empacar mi maleta y le dije a "Lina" (la amiga) que yo me iba para la casa.*

Cuando llegué a mi casa, mi mamá solo lloraba y me preguntaba por qué lo había hecho, qué motivos tenía para hacer eso, y yo lo único que le hice saber ese día fue que me llevaron engañada y le conté cómo era el lugar en donde había estado.

Yo desconocía todo, ni siquiera sabía que se llamaba la calle del Bronx, menos que le decían la "L". Durante ese fin de semana que estuve desaparecida, mis papás pusieron el denuncia y querían emprender una búsqueda. Después de eso retomé mi rutina diaria hasta que empecé a sentir unas ganas incontrolables de consumir nuevamente el bazuco.

Me empezó a ganar la ansiedad de fumar. Recordaba todo lo que había hecho ese fin de semana que me escapé de mi casa. Pensaba en la pipa, en lo que sentí cuando probé el bazuco y la verdad, como se dice popularmente, “me picó el pulmón”. Por medio de las redes sociales contaté a otras niñas que estaban pasando por la misma situación de desesperó a causa de la falta de droga en el cuerpo y decidí encontrarme con una de ellas después de salir del colegio a la entrada del Bronx. Ese día solo llevaba 20 mil pesos en el bolsillo y esta vez sí conocía bien para dónde iba. Ya no estaba ni inconsciente de lo que hacía, ni a lo que iba.

Entré por el parque de Los Mártires y en toda la entrada me encontré con Daniela, quien era la otra adolescente con la que me había contactado por Facebook. Ingresamos y nos dirigimos a “Billares”. Estando adentro comenzamos a bailar y ella se compró una botella de pegamento y yo compré bazuco, que, sin saberlo, marcaría mi estadía en ese centro de droga y delincuencia. No creía que esta vez ya no regresaría a mi casa.

Me quedé en el Bronx con Daniela y, para sobrevivir, empezamos a vender películas. Fuera de los bares había muchos hombres borrachos y drogados y ellos mismo eran los que nos compraban las películas. Todo lo que me ganaba me lo compraba en bazuco. Ese negocio no nos duró mucho tiempo, porque días después conocimos a uno de los expendedores que, al parecer, quería ser nuestro amigo y protector. A él le decían el “flaco” y tenía un bahareque (puesto ambulatorio) en donde él vendía marihuana, pepas, dic, alcohol y todo tipo de droga. ÉL también fumaba bazuco y, cuando nos conocimos, nos ofreció trabarnos juntos. Nosotras aceptamos y desde entonces todo lo que quisieramos del “bahareque” de él era gratis. Además, él nos ayudaba a vivir. Nos daba comida y seguridad, porque no parecía un habitante de calle. Vestía bien y nos cuidaba. Cuando un hombre se quería sobrepasar con nosotras, hablaba con los “Sayas” y de una vez eran castigado.

El flaco me pidió que le ayudaría a vender, atender ahí y me pagaba con bazuco. Yo fumaba y fumaba a costillas de él y, con el pasar de los días, me volví su mujer. Nos fuimos a vivir juntos y mis días se resumían en vender droga para consumirla también. Yo no me llegaba ni a imaginar lo que me iba a ocurrir ahí mismo.

Llegué al Bronx para quedarme. Como tantas niñas que estaban allá, todas éramos víctimas de nuestra propia adicción. Algunas se prostituían para financiar su consumo y otras, como yo, fuimos explotadas sexualmente y marcadas de por vida.

Todo empezó una noche de rumba en la que me di cuenta de que Daniela se prostituía por el bazuco. Ese día hablamos, fumamos y bailamos. Yo cargaba siempre mi celular, a pesar de que estaba apagado, y nunca pensé en venderlo por vicio. Al momento de sentarme, el celular me caía porque no tenía bolsillos y me tocaba llevarlo en la pretina del pantalón. Entonces en ese momento lo saqué y lo tenía en la mano. Cuando Daniela se dio cuenta de la existencia de mi celular, me dijo que ella me lo guardaba mientras que estábamos ahí. Yo no le vi nada de malo y se lo di. Al rato se lo pedí y ya no lo tenía, lo había vendido por 40 mil pesos y me aceptó en la cara que se lo había fumado.

Para ese momento yo ya me la llevaba bien con los "Sayas" y no dudé un solo minuto en contarles lo que había ocurrido con el celular. No se demoraron ni dos minutos en sacarla a golpes del lugar y la metieron en el "tanque" (tina con agua fría), en donde la maltrataron por horas con una tabla. Casi la matan, pero al final la dejaron ir y le advirtieron que no querían volverla a ver por ahí.

Daniela nunca olvidó el doloroso castigo y desde ese mismo momento empezó a planear su venganza. Semanas después me buscó y me dijo que quería devolverme el celular y me puso una cita en una de las residencias del Bronx. Acepté irme con ella hasta la habitación en donde vivía y me encerró durante un mes en esa pieza. Me dejaba bajo llave con cadenas y candados.

La habitación tenía baño privado, una cama, un televisor y no tenía ventanas. Estando allí no comía, pero si me tocaba acostarme con centenares de hombres al día. Lo que ella decía era que yo era su hermana y que no salía porque sufría de esquizofrenia, que ya en varias ocasiones me había salido y a ella le tocaba buscarme como loca.

Ella misma quitaba el candado, entraba a los hombres y volvía a cerrar. Ellos siempre fueron bruscos y nunca pude llevar la cuenta de cuántos entraban al día, porque eran muchos. Intenté pedir auxilio, pero fue en vano. Además, ella les advertía antes de entrarlos que yo estaba loca y que nada de lo que yo dijera era cierto. Entraban y

abusaban de mí sin ningún problema y, mientras tanto, ella solo me amenazaba con matarme diciéndome que, si lo hacía estando ahí encerrada, nadie se iba a enterar.

Yo solo le suplicaba por mi vida y mi libertad. Yo le decía que me dejara ir, que yo no iba a volver a aparecer por ese lugar, ni por la vida de ella, pero nunca me prestó atención. No le importaba, así yo le llorara y le suplicara. Para Daniela lo único importante era el dinero que se estaba ganando con esos hombres. Yo veía que le pagaban antes de entrar a la pieza.

Yo le tenía mucho miedo porque ella siempre cargaba un cuchillo. Por eso nunca intenté huir. Pero cada día que pasaba era una eternidad para mí. Solo lloraba mientras pensaba en mi mamá, en mi papá y en lo bajo que había caído. Llegué a considerar matarme, pero no era capaz de hacerlo. Yo no era la única en esa condición. Ella misma decía que vivía a costa de todas esas bobitas que solo iban a buscar bazuco. Ese era el negocio de ella y yo creo que conmigo nunca lo llegó a pensar, hasta qué pasó lo del celular.

Pasaron 30 días en los que Daniela consiguió su venganza. Al día 31 la dejó en libertad sin muchas explicaciones. Juliana, destrozada, maltratada y consumida por la pena, regresó al Bronx. Cuando la dejó salir del encierro, le dijo que ya había conseguido lo que quería y que ya se podía ir, no sin antes advertirle que no iba a ser de su agrado volverla a ver y, mientras Juliana trataba de olvidar su pena con la droga, comenzó el operativo de la toma del Bronx. Ella huyó a un lugar cercano, pero la presión de los policías y el miedo de ser llevada a Bienestar Familiar la hicieron tocar nuevamente las puertas de su casa.

Fueron tres meses sin saber de su familia y, cuando regresó, ellos mismos la ubicaron en el centro de atención y rehabilitación en el que en ese preciso momento se encontraba sentada con nosotras hablando de lo trágico que fue haber estado en el Bronx, asegurándonos que ese lugar era el mismísimo infierno y que no cree que pueda existir nada peor que haber estado allá. Fue una experiencia que la marcó para toda la vida. Lo peor de haber tocado fondo, según ella, fue el abuso sexual al que estuvo sometida y sin que a nadie le importara. Es una experiencia que ni ella ni su familia van a olvidar. Es algo con lo que tendrá que aprender a vivir.

Llevábamos todo el día compartiendo con estas niñas y aún no podíamos creer que todo esto fuera posible. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar rescató 133 niños del Bronx con historias similares a las de Camila y Juliana. Alguno de ellos lograron escapar, según nos confirmó ese mismo día Madre Cielo, y continúan deambulando y consumiendo drogas por las calles bogotanas.

Logramos hablar con más niñas de las que estaban ese día allí y realmente todas las historias son muy desgarradoras. Todos los testimonios son dramáticos y dolorosos. Cada relato nos hizo sentir que estamos en un mundo en el que cualquiera es presa de la maldad.

CAPÍTULO VII

LA REALIDAD POR ENCIMA DE DIOS Y DEL DIABLO

La maldad permanece. No es necesario creer en un Dios, o siquiera en la existencia del Diablo, para que situación como las del Bronx ocurran. Todos los testimonios hallados, todos los documentos leídos y toda nuestra investigación en sí ha girado en torno a la conclusión de que la calle de “El Bronx” era el mismísimo infierno. Rafael Taibo, director del programa “Ellos están aquí”, del Canal RCN, junto a su equipo de trabajo, fueron testigos, así como nosotras y todo el país, de lo que pasó en el Bronx a mediados del año 2016 y, al igual que todo el resto de colombianos, quedaron perplejos y no lograban entender cómo podía ser que a unas cuadras del centro de poder de la República existiera lo que realmente era una puerta al infierno.

Entrar al Bronx era ingresar a otra dimensión, en donde todo tenía otro valor. Las relaciones personales y el sentido de la vida cambiaban por completo y, motivados por esta situación, Rafa y su equipo contaron con la fortuna de que la policía les autorizara una

investigación en lo que aparentemente era un lugar desalojado. Cuando iniciaron el estudio, descubrieron unos túneles en los que, para ese momento, aún habitaba gente. La policía los acompañó y descubrió con ellos que había personas habitando todavía en el subsuelo del Bronx.

Al iniciar la investigación, fue muy duro para ellos descubrir que la teoría de que había cuerpos incrustados en las paredes era verdad y todo eso lo vivieron un poco sin saber en dónde se estaban metiendo. Cuando ya estaban en el lugar, empezaron a descubrir el horror absurdo y absoluto que allí se vivía.

El sufrimiento al que eran sometidas las personas, las torturas que se realizaban allí, los secuestros y los abusos reflejaban lo que era Sodoma y Gomorra en la Biblia. No dejaba de sorprender cómo en la época actual podrían ocurrir todas esas atrocidades. Para Rafa y su equipo fue muy impactante todo lo que encontraron dentro del Bronx.

***Rafa:** Me sorprendí mucho. No sabía a dónde iba, ni a qué me iba a enfrentar, pero tenía claro que, para entender el presente, había que estudiar el pasado y tal vez de esta forma podríamos entender los inexplicables sucesos que nos ocurrieron.*

Cuando pasó lo del Bronx, saltó la noticia de que la policía estaba encontrando restos humanos e, incluso, posibles fosas comunes en las ruinas del lugar. Lo que confirmaba las afirmaciones de nuestros expertos en parapsicología, quienes decían que los cuerpos de las presencias detectadas al entrar al sitio se encontraban ocultos entre las paredes y bajo los escombros del Bronx. No llevábamos mucho tiempo explorando, cuando Aída (parapsicóloga del equipo) mencionó el deseo por ir al cuarto de los disparos, porque en esa pared había alguien oculto.

Nos encontrábamos en pleno centro de Bogotá en un sitio siniestro y espantoso donde acontecieron las mayores atrocidades que pueda imaginar la mente humana. Nuestra pregunta era si realmente estas paredes iban a poder contarnos los horrores que ocurrieron allí dentro. Estábamos dispuestos a explorar lo inexplorado y a darle explicación a lo inexplicable.

Rafael es el incrédulo del grupo y, siempre que este grupo de investigación va a algún lugar, él va con las máximas reservas, pensando que nunca va a suceder nada y en esta ocasión lo sorprendieron los acontecimientos que ocurrieron sobre ellos. Cuando llegaron por primera vez al Bronx, no tenían ni idea de lo que iban a enfrentar y las paredes vacías, los pasadizos, las escaleras, la casa de pique, la casa de la bruja, el prostíbulo, todo aquello que ya estaba desalojado seguían siendo los focos de los horrores, como lo afirmó Rafael y su equipo de trabajo al entrar allí.

***Rafael:** Todo lo que ocurrió allá adentro seguía aferrado a esas paredes. La maldad se podía sentir en el aire. Era el foco del gueto de delincuencia que abría la puerta del infierno. El mal existe en el lado de los muertos y en el de los vivos, pero hay lugares en el mundo en el que el mal reina de frente y estos lugares son malditos. Puertas entreabiertas a una oscuridad profunda y demoníaca. Uno de esos lugares es el Bronx de Bogotá, una auténtica entrada al averno. Toda la zona estaba tomada por las fuerzas de la policía, que lograron limpiar un área de peligrosidad y oscuridad inenarrables; lograron cerrar una de las puertas del infierno. Toda la zona estaba vallada y rodeada por el orden público que, además, estaba patrullando todo el tiempo el lugar. Parecía una zona de guerra, algo así como Bosnia cuando estalló la guerra fratricida. Nuestro objetivo era desentrañar los secretos que aún escondía el Bronx.*

Tal y como se observa en el primer capítulo titulado “Bronx, el inicio”, del 5 de noviembre del 2016 del programa “Ellos están aquí”, *nuestro equipo de producción buscó un lugar para establecer la base, mientras que nosotros nos dirigimos directamente a uno de los lugares más infames del gueto, donde se torturaba y despedazaba a seres humanos como en las épocas más remotas y oscuras de la humanidad: “la casa de pique”. Empezamos a hacer el recorrido por el lugar y lo primero que encontramos fue un pozo pestilente que contenía ácido en donde se deshacían de los restos humanos y, además, torturaban personas vivas, obligándolos a sumergir sus miembros en el ácido.*

Como se enseña en el capítulo de dicho programa, *el olor era repugnante, al punto que casi vomito en muchas ocasiones, porque me revolvió las entrañas y es algo imposible de describir, pero seguramente así debe de oler el mismísimo infierno. En la primera planta encontramos bidones en donde almacenaban el ácido y un cuarto siniestro en el que las*

víctimas eran colgadas de una viga para ser torturadas. Isa (integrante del grupo) estaba usando el cosmeter (aparato que les permite comunicarse con las presencias), con el que logró comunicarse con una mujer que fue torturada y murió en el lugar.

Comenzamos a instalar trampas caza fantasmas. En este caso utilizamos azúcar y, mientras hacíamos esto, empezamos a escuchar ruidos, como si fuesen lamentos. Según la explicación de mis compañeros, cuando alguien muere de manera súbita, su sufrimiento queda anclado a las paredes.

Encontramos rastros de sangre por las escaleras que nos conducían al segundo piso. El padre Cristián Piedrahíta aseguraba en ese momento que las energías que estaba sintiendo eran muy fuertes y que eran demoníacas y lo que pretendían era hacernos daño. Comenzamos a sentir ruidos, como si alguien estuviera caminando sobre los escombros, pero, al mirar, nunca veíamos nada. Isa, por su parte, seguía comunicándose con espíritus por medio del cosmeter. Álex (parapsicólogo) decía que la sensación energética del lugar era muy fuerte, debido a que las personas que lo habitaban eran muy groseras, se trataban mal y el ambiente en el que se vivía era de tristeza, de pobreza y desolación.

Seguimos subiendo hacia el tercer piso y seguíamos viendo los rastros de sangre por todo el lugar, como si hubieran arrastrado gente herida. Las paredes de esa tercera planta guardaban los secretos de una de las peores pesadillas de la casa. Allí era donde hacían que las personas metieran sus brazos por en medio de unas rejas para que los perros que tenían ahí se los destrozaran. Esa era como la primera estación de tortura.

Yo me preguntaba en ese momento qué mente enferma podía idear ese tormento maltratar una manada de perros hasta que la rabia, la ira y el hambre los enloqueciera para terminar como fieras sedientas de sangre y así torturas a seres humanos indefensos, una maldad propia de los tiempos más terribles de la antigua Roma, cuando los prisioneros eran arrojados vivos a los leones hambrientos.

Para el capítulo titulado “Bronx, el inicio” del programa “Ellos están aquí”, transmitido el 5 de noviembre de 2016, encontramos plasmadas en la pared una especie de representaciones demoníacas y, mientras continuamos con el recorrido, no necesitamos esforzarnos mucho para sentir e imaginar bajo nuestros pies los gritos desgarradores de

las personas que devoraban vivos esos perros enloquecidos. Todo estaba lleno de excrementos de perros, casquillos de bala de nueve milímetros, sangre por doquier y miles de cuerdas. Las ventanas estaban con rejas de acero y por todas partes restos de ropa, sábanas. Todo realmente muy desastroso.

Había caletas en donde escondían el armamento y la droga. El estado del lugar era deplorable. Mientras mirábamos por las ventanas, empezaron a caer cosas justo en frente de mí y no logramos identificar qué fue. Ya en edición logramos ver que por la pared en la que yo estaba asomado algo se escabulle y dejó ver una especie de garra. Si en ese momento lo hubiéramos visto tan claro, tal vez no hubiésemos continuado.

En el cuarto piso la energía era muy densa y seguían cayendo cosas hacia mí. Ya no cabía duda de que estábamos siendo observados y nos querían allí. Caía hasta polvo del techo, como si alguien caminara sobre nosotros. Isa empezó a somatizar las energías y presentaba dolor de cabeza, ganas de vomitar, ganas de llorar y una inmensa tristeza. Nuevamente el olor nauseabundo nos invadía dentro de la guarida de la bestia, el cuarto en el que habitaba la persona que torturaba personalmente a sus víctimas. Él nunca fue capturado y se sostiene una hipótesis que dice que se suicidó antes de ser apresado y que su cuerpo se pudre entre las paredes oculto en alguna caleta.

En el lugar había cruces al revés plasmadas en las paredes. Ya en otro lugar, llamado "la casa de la bruja", encontramos basura y Aída asegura que en ese lugar hacían brujería y se percibía mucha tristeza, dolor y frustración. Además, se sentía como si una niña hablara, algo muy escalofriante. No quiero ni imaginar por qué existen ecos de niños en este lugar siniestro. Uno de los cuartos estaba protegido contra presencias demoníacas.

Se sentía olor a sangre cuando ya no se veía por ningún lado. El azúcar que habíamos puesto seguía intacta y lo habíamos puesto porque por ese medio muchos espíritus logran comunicarse. Sentíamos que algo pasaba por el lado de nosotros. Veíamos sombras negras y el olor se alborotaba por momentos. La energía era muy densa en todo el lugar. Hacía mucho frío y Aída comenzó a somatizar unos dolores muy fuertes en la espalda. Le faltaba el aire y tenía náuseas.

Tiempo después, como era de esperarse, encontramos marcas circulares en el azúcar. Luego, en una de las habitaciones del prostíbulo, se activó el sonido de un muñeco en repetidas ocasiones. Otra señal para nosotros de que no estábamos solos en el lugar.

En el gueto del centro de Bogotá había personas secuestradas, esclavas sexuales, torturas y niños. Se me hace difícil el pensar que el infierno real pueda ser peor de lo que aquí se vivía y algo siniestro aún habita estas calles.

Tal y como se observa en el capítulo “Bronx, el final” del 6 de noviembre de 2016, procedimos a abrir los portales porque así lo decidieron nuestros expertos, pues creían que ya era el momento y, mientras ellos se preparaban para ello, yo ponía más trampas de azúcar por el lugar. Usamos fuego en el ritual y al tiempo yo seguía recorriendo las calles del Bronx. Encontraba gritos de dolor y desesperanza plasmados en las paredes por medio notas que buscaban el sentido de la vida. No sé si en ese lugar había fantasmas o espectros, lo que sí me atrevo a afirmar es que en el aire flotaba la desesperación, la tristeza y la soledad.

En el recorrido una vez más una voz parecía decirnos algo que en ese instante no logramos comprender, pero ya en edición logramos escuchar algo como “yo soy tu Dios”. En el ritual, el fuego se percibía muy agresivo, una señal no muy buena para los expertos, pues se dice que es por presencias malignas.

Durante mi recorrido me lanzaron unas bolinches (bolas pequeñas de contextura dura con las que se jugaba piquis) que encontramos después en la escalera y en las trampas de azúcar. Allí había objetos colgados intentando decorar con ellos de forma patética un sitio indeseable como muestra del impulso del ser humano que siempre trata de hacer agradable el lugar donde viva, por desagradable que sea el espacio. Como se detalla en la transmisión del capítulo con fecha del 6 de noviembre de 2016.

Percibí sonidos muy fuertes y destellos de luz que me hicieron salir del lugar. Volvimos a encontrarnos todos en la calle y compartimos las diferentes experiencias. Entramos nuevamente a una de las casas y se escuchaban ruidos de pasos, puertas y de repente, se activó el sonido de un reloj que logramos localizar y nos dimos cuenta de que no tenía

baterías. De repente un olor nauseabundo inundó el lugar y casi me hace vomitar, al tiempo que se escucharon tres fuertes golpes.

Los lamentos y los ruidos nos acompañaron todo el tiempo y, al regresar a la base, escuchamos los audios con nuestro experto en psicofonías, en los que encontramos voces pidiendo ayuda y gritando que no querían morir.

Ya eran las 3:00 am. Cuando decidimos volver a la “casa de pique”. Comencé a sentir un dolor muy fuerte en los riñones, mientras nos tiraban nuevamente bolinches. Solo podía pensar. ¿Qué sentido tenía tal juego macabro? Gritaba buscando respuestas y el dolor cada vez era más fuerte. Solo bastaba girarme un poco para encontrar frente a mí marcas en las trampas de azúcar. Todo indicaba que algo estaba jugando con nosotros.

Para el capítulo titulado “Bronx, el final” transmitido el 6 de noviembre de 2016, se evidencia cuando íbamos saliendo del lugar, me golpearon fuertemente la mano y me tumbaron la cámara. La destruyeron por completo. Llegamos a la base y me tocó sentarme porque no aguantaba el fuerte dolor de espalda y, mientras hablaba con mis compañeros, ellos notaron un rasguño en mi nariz y un golpe en el ojo al que nunca le encontramos explicación, porque yo ni lo sentí.

Cerramos el portal que se había abierto y el padre Cristian hizo un ritual para liberar energías antes de salir de la “casa de piques”. Amanece y salimos del infierno y en ese momento aún desconocíamos los increíbles fenómenos que nuestras cámaras habían captado y el peligro aterrador al que nos enfrentamos. Solo podría decir que Dios quiera que esto a lo que nos enfrentamos pueda ser algún día borrado y que todo el sufrimiento que allí se vivió amortigüe sus ecos, se calme y desaparezca para siempre.

Tal vez muchas cosas que revivimos sean la llave para comprender lo que nos sucedió en el presente, porque casi siempre las claves de lo que sucede en el ahora se encuentran ocultas en el pasado. Estuvimos en el infierno, estuvimos en el Bronx, un gueto dentro de la capital de Colombia en el que el horror imperaba.

Después de que el Bronx fue reducido a escombros, nos preguntamos ¿qué había sucedido con las fuerzas del mal que lo habitaban? ¿Permanecen allí o desaparecieron junto a los

edificios derribados? Nuestra intención era averiguarlo, pero no podíamos imaginar que una auténtica guerra entre el bien y el mal se había desatado y que nos iba a estallar literalmente en la cara.

Cuando regresamos al Bronx, apenas quedaban tres casas en pie, pero en esta ocasión invitamos gente ajena al grupo de trabajo para experimentar cómo responden los signos de la oscuridad por medio de manifestaciones a su presencia. Por más de que nosotros intentamos planificar todo, siempre hay factores que alteran nuestro orden y la conclusión a la que he llegado es que estamos rodeados por unas fuerzas que al final son las que deciden quién va primero y a dónde va, quién va de último y quién no va.

Antes de empezar con la expedición, les advertí a los presentes que lo que, no se atrevieran hacer, no lo hicieran. Les hice una invitación para que abrieran sus instintos y les dejé en claro que la herramienta más poderosa que tenemos, creamos o no en lo paranormal, es nuestro propio instinto al que hay que obedecer y no ir en contra de él.

En ese momento no imaginaba lo proféticas que serían mis palabras. Pocos minutos más tarde, una catástrofe impensable nos golpeó de frente. Nos dirigimos al lugar más tenebroso del Bronx. Estábamos exactamente sobre los escombros de lo que fue la “casa de pique”. Como siempre, Álex e Isa dirigían la apertura del portal. El fuego se comportaba de una manera extraña. Parecía perseguir a Alex e Isa, los buscaba.

Abierto el portal, quedaba una ceremonia por realizar, una que nunca grabamos, porque es prácticamente un trámite. En ella se consume lentamente en una vasija incienso, carbón vegetal, sábila fresca y algunas hierbas. Por eso hicimos algo que nunca debimos de hacer. Apagamos las cámaras. hubo una explosión y todos entramos en shock, Alex e Isa, ciegos y con la cara abrasada, fueron conducidos al hospital más cercano.

Sonó muy duro. Fue una cosa absurda. Intentamos descifrar lo sucedido y no dimos con una explicación. En el momento del incidente, Isa y Alex preparan la vasija, algo que han hecho mil veces y no hay nada que pueda provocar una explosión.

Fue una agresión directa a dos de mis expertos que terminaron con quemaduras de segundo grado, con riesgo de perder la vista, internados en un hospital durante dos

semanas. Todo eso te hace pensar que eso no era un juego. Antes era muy divertido, era una aventura, ir al castillo de San Felipe y salir allá a retar a los fantasmas, pero ahora se había convertido en una realidad que puede lastimar. como se muestra en el capítulo del programa: “Regreso al Bronx, el ataque” transmitido el 13 de noviembre de 2016.

A mí el corazón no se me acelera nunca. Yo soy un tipo bien tranquilo, incrédulo y que, además cree que la mayoría de las cosas son producto de nuestras mentes. Sin embargo, no podría decir que no existe algo del otro lado. Cuando decidí asumir este reto de ir al Bronx y luego, además, volver cuando ya todo era ruinas, no me asustaba la posibilidad de encontrar un fantasma. Me impresionó fue encontrar la realidad de que seres humanos pudieran realizar tales atrocidades contra otros seres humanos. Eso fue lo que realmente me aterró.

No hay cómo comparar ese lugar con algo. Los olores nada más eran olores que nunca antes había conocido y que realmente espero no volver a encontrar en mi vida. Si el infierno existe, así es como debe oler. Todo era una suma de podredumbre, de miseria y de miedo conformando una sinfonía de olores realmente repugnante que nunca me imaginé que pudiera existir y que estoy seguro que jamás voy a volver a encontrar. Ese olor penetraba en mi cerebro y ahí se quedaba. Era realmente increíble.

Yo no creo en demonios, no creo en Dios y no creo en el diablo. Yo creo en lo que veo y lo que vi en el Bronx fueron cosas que no podría explicar. Que de la nada algo invisible me golpee la mano y me tumbe la cámara, destrozándola, las cosas que grabamos que intentamos analizar cuadro a cuadro, la criatura que trepaba por una pared y las sombras que nos seguían, son cosas que no tienen explicación racional y, aunque uno no crea en nada, pues por lo menos se pregunta ¿qué es eso? Y la búsqueda continúa. El objetivo de nosotros, más allá de un programa de televisión, es buscar respuestas.

Haber recibido una agresión directa en el Bronx nos comprueba que el mal existe. No sé si es un fantasma, una energía o un demonio. No sé lo que fue, pero sí hay una lucha eterna entre la luz y la oscuridad. Ahora el tema es: ¿asumimos el reto o nos retiramos? Todo eso no lo planteamos en ese regreso al Bronx el que recibimos un ataque.

Nosotros después de la agresión que sufrimos, nos planteamos si continuábamos con la investigación o no. Estábamos en un territorio que ya no controlábamos y llegué a decirles abandonemos esto, pero los propios afectados nos hicieron saber desde el hospital que algo estábamos haciendo bien cuando, del otro lado, el poder de lo oculto nos contraataca. Ahí entendí que teníamos una misión.

Nosotros ni quitamos, ni ponemos: mostramos lo que sucede, pero sí es cierto que en muchas ocasiones hay algunas cosas que revelan demasiado y sería contraproducente mostrar y eso es lo que obviamos y guardamos en nuestros archivos secretos, que espero algún día se puedan revelar. En el caso del Bronx se omitieron bastantes cosas sumamente reveladoras y que podrían causar un quebranto demasiado doloroso a la sociedad.

Yo no pretendo dar lecciones de nada, ni convencer a nadie de absolutamente nada. La entrada al Bronx no me deja a mí ninguna enseñanza. Lo que me deja es perplejo de cómo la humanidad puede tener un lado tan sublime y a la vez deplorable; me convence de que no somos sino simios que acabamos de bajar de un árbol. Tenemos un destino que estamos empezando a conocer y somos realmente una plaga. Tenemos que convertirnos en algo diferente o vamos a acabar con este planeta y con nosotros mismos.

Nosotros somos testigos de las maravillas del ser humano, pero también de lo más canalla que puede llegar a ser en lugares como el Bronx, en donde queda en evidencia que somos seres vulnerables a la maldad y la ambición del poder. Este trabajo nos motivó a leer, investigar, experimentar y conocer todo tipo de testimonios.

Este trabajo trascendió el reto académico y nos llevó mucho más allá. Pensamos en qué debíamos hacer y cómo podríamos contribuir a la mejoría de la sociedad. Consideramos que este libro por sí solo ya es un aporte importante, porque incluye historia y testimonios de vida con reflexiones propias de nuestros entrevistados que nos llevan a pensar que aún hay trabajo por hacer y que todos tenemos un grano de arena que aportar con las decisiones personales que debemos de aprender a tomar.

BIBLIOGRAFÍA

A

ARRIAGADA, I., & GODOY, L. (1999). *"Seguridad ciudadana y violencia en América Latina: diagnóstico y políticas en los años noventa"*. Chile: Naciones Unidas.

ASFADDES - CINEP - COMISIÓN ANDINA DE JURISTAS SECCIONAL
CCOLOMBIANA - COLECTIVO DE ABOGADOS "JOSÉ ALVEAR RESTREPO" -
ILSA - SEMBRAR - CSPP. (SF). *"Conflicto armado y Paramilitarismo en Colombia"*.
2017, de Derechos.org **Recuperado de:**

<http://www.derechos.org/nizkor/colombia/ya/confarm1.htm>

ÁVILA, A. (Mayo 29, 2015). *"Guerra subterránea"*. 2017, de El Tiempo **Sitio web:**
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15854137>

B

BBC. (Noviembre 14, 2012). *"El mercenario israelí que tiene las claves del paramilitarismo en Colombia"*. 2017, de BBC **Sitio web:**

http://www.bbc.com/mundo/noticias/2012/11/121114_colombia_yair_klein_perfil_claves_paramilitarismo_aw

C

CABLENOTICIAS. (Junio 2, 2016). *"Así operaba la estructura criminal del Bronx"*.

2017, de CABLENOTICIAS.TV **Sitio web:**

<http://www.cablenoticias.tv/vernoticia.asp?titulo=Asi-operaba-la-estructura-criminal-del-Bronx&WPLACA=73752>

CANAL RCN. (Productor). (Noviembre 5, 2016). *"Bronx, el inicio"*, segunda temporada.

Recuperado de: <http://www.canalrcn.com/ellos-estan-aqui/temporada2/articulo-video/capitulo-5-de-noviembre-el-regreso-la-primera-investigacion-en-el-bronx>

CANAL RCN. (Productor). (Noviembre 6, 2016). *"Bronx, el final"*, segunda temporada. **Recuperado de:** <http://www.canalrcn.com/ellos-estan-aqui/temporada2/articulo-video/capitulo-6-de-noviembre-bronx-el-final-5907>

CANAL RCN. (Productor). (Noviembre 13, 2016). *"Regreso al Bronx, el ataque"*, segunda temporada. **Recuperado de:** <http://www.canalrcn.com/ellos-estan-aqui/temporada2/articulo-video/capitulo-13-de-noviembre-regreso-al-bronx-el-ataque-5910>

COMISIÓN INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS. (2015). *"Resumen Ejecutivo. En "Violencia, Niñez y Crimen Organizado"(13)*. Organización de los Estados Americanos OEA.

E

EL LIBERAL. (Enero 31, 2011). *"Rastrojos, una amenaza 'al servicio' del narcotráfico "*. 2017, de Portal Web El Liberal **Recuperado de:** <http://www.ideaspaz.org/tools/download/57454>

G

GARCÍA, D. citado por VELÁSQUEZ, E. (2007) *"Historia del paramilitarismo en Colombia"*. 2017, de Scielo **Recuperado de:** <http://www.scielo.br/pdf/his/v26n1/a11v26n1.pdf>

GÓMEZ, G. (2015). *Bogotá, la ciudad de todos los colombianos*. 2017, de El Espectador **Sitio web:** <https://www.elespectador.com/noticias/bogota/bogota-ciudad-de-todos-los-colombianos-articulo-577477>

H

HERNÁNDEZ, N. (Octubre 10, 2008). *"La 'L', el nuevo Cartucho de Bogotá, es la zona donde se vende y consume más droga en la ciudad"*. 2017, de EL TIEMPO **Sitio web:** <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4596718>

I

INSTITUTO DISTRITAL PATRIMONIO CULTURAL. (2011). *“En un lugar llamado El Cartucho”*. 2017, de Alcaldía Mayor de Bogotá. **Recuperado de:**
https://issuu.com/patrimoniobogota/docs/cartucho_final

M

MALAVAR, C. (Junio 3, 2016). *“El 'Bronx', una historia repleta de delito”*. 2017, de El Tiempo **Sitio web:** <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16611165>

P

PEÑUELA, G. (2010). *“De Santa Inés al Cartucho”*. 2017, de ISSU **Sitio web:**
https://issuu.com/germangarzonpenuela/docs/de_santa_ines_al_cartucho

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO PNUD. (2013-2014). *“Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014 Seguridad Ciudadana con rostro humano: diagnóstico y propuestas para América Latina. 2017, de PNUD”* **Sitio pdf:** <http://www.undp.org/content/dam/rblac/img/IDH/IDH-AL%20Informe%20completo.pdf>

Q

QUESTION DIGITAL (Junio 20, 2016). *“La estructura de las bandas paramilitares y los intentos de para-Estados”*. 2017, **Sitio web:** <http://questiondigital.com/la-estructura-de-las-bandas-paramilitares-y-los-intentos-de-para-estados/>

R

REDACCIÓN EL TIEMPO. (Junio 4, 2016). *“El imperio del crimen en la olla más grande del país”*. 2017, de El Tiempo **Sitio web:**
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16611818>

REDACCIÓN EL TIEMPO. (Septiembre 28, 1997). *“EMERGENCIA EN EL SUR POR DERRUMBE EN DOÑA JUANA”*. 2017, de El Tiempo **Sitio web:**
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-631011>

S

SALAMA, P. (2008). *“Informe sobre la violencia en América Latina”*. Economía Institucional, 10, 81-102.

SECRETARÍA DE INTEGRACIÓN SOCIAL. (2015). *Decreto 560 “Política Pública Distrital para el Fenómeno de Habitabilidad en Calle”*. 2017, de Alcaldía Mayor de Bogotá. **Recuperado de:**

http://old.integracionsocial.gov.co/anexos/documentos/2015politicaspUBLICAS/16032017_Politica_Publica_Distrital_de_Habitabilidad_en_Calle_PPDFHC.pdf

V

VELÁSQUEZ, E. (2007). *“Historia del paramilitarismo en Colombia”*. 2017, de Scielo **Recuperado de:** <http://www.scielo.br/pdf/his/v26n1/a11v26n1.pdf>